

ROMANOS



Por Jet Witherspoon Toole

Derechos Reservados 1983

División de Misiones Extranjeras
Iglesia Pentecostal Unida
8855 Dunn Road
Hazelwood, Missouri 63042

CONTENIDO

Introducción

Capítulo 1La Necesidad de la Salvación

Capítulo 2El Medio de la Salvación

Capítulo 3Israel

Capítulo 4El Fruto de la Salvación

PREFACIO

Conocí a la Señora Jet Witherspoon Toole cuando yo era niño; ella y su esposo pastoreaban en un poblado cercano. Visité con mis padres su iglesia en varias ocasiones. En ese entonces no aprecié el gran amor que ella poseía por el evangelio, o las grandes profundidades espirituales que alcanzaba.

Años más tarde, nos encontramos una vez más, cuando ella era instructora en el Instituto Bíblico que yo elegí para estudiar. Su gran conocimiento de la Biblia causó gran impresión sobre todos nosotros que estuvimos en sus clases. Las circunstancias habían causado que ella entrara al ministerio de la enseñanza, y fue capaz de pasar su profundo conocimiento de las Escrituras a los estudiantes de dos de nuestros Institutos Bíblicos, por un período de veinticinco años.

Sentimos una gran emoción al darnos cuenta de que su ministerio continúa aún. Aunque no ya una activa profesora o predicadora, todavía está impartiendo lo que ella ha espigado del Espíritu Santo por muchos años de ministerio activo. Sus libros son los resultados de un profundo caminar en la Palabra de Dios. Este libro de Romanos es un ejemplo de eso. En él existen verdades de una pentecostal, para pentecostales. Leer el libro le probaría que es una experiencia rica que compensa para todos.

Rev. George M. Sponsler, Th.B., M.Ed.
Miembro, Junta de Educación Cristiana.

ANALISIS

EL AUTOR: El Apóstol Pablo escribió el libro de los Romanos primeramente para los cristianos que vivían en Roma, pero diseñó esta carta para todos los cristianos en todo lugar

LA FECHA: La epístola fue escrita probablemente desde Corinto, alrededor del 58 D.C., próximo al final de la segunda visita de Pablo a esa ciudad (Hechos 20:1-4; Romanos 16:21, 23).

EL TEMA: El tema principal de los Romanos es el evangelio de Jesucristo: Su muerte, sepultura y resurrección (I Corintios 15:1-4). Este es el único medio de salvación del pecado y la muerte para todos los hombres de todos los tiempos.

LA IDEA CLAVE: Justificación por fe (Romanos 1:17).

LAS DIVISIONES:

- I. LA NECESIDAD DE LA SALVACION
Romanos 1:2—3:20 - Doctrina
- II. EL MEDIO DE LA SALVACION
Romanos 3:21—8:39 - Doctrinal
- III. ISRAEL
Romanos 9; 10; 11 - Doctrinal
- IV. EL FRUTO DE LA SALVACION
Romanos 12:1—16:27 - Práctico

INTRODUCCION

Pablo se presentó a sí mismo a los cristianos en Roma como un siervo de Jesucristo, llamado de Dios para ser un Apóstol, y separado (apartado) para predicar Su evangelio (Hechos 9:15, Romanos 11). El nunca había estado en Roma pero conocía a muchos de su grupo, algunos de los cuales habían trabajado con él en otros lugares. Aunque había deseado por algún tiempo ir a Roma, él había estado completamente ocupado con las necesidades del evangelio en Asia Menor, Macedonia y Grecia (Acaya). Ahora él estaba planeando un viaje a España después que había ido a Jerusalén para ministrar a los santos allá, y para llevar una ofrenda que las iglesias gentiles habían contribuido para ayudar a los santos necesitados de Judea (Romanos 15:23-29). Finalmente él fue a Roma, pero no como él había planeado. El fue en el plan de Dios, a la manera de Dios, y en el tiempo justo de Dios.

El libro de Romanos es un tratado doctrinal del evangelio de Jesucristo. Es un estudio profundo y sistemático de todo el plan de salvación del pecado y la pena de muerte del pecado. Romanos es universal en su aplicación, y considera al hombre como un miembro de la raza humana, no como un judío o gentil. En este libro el Apóstol Pablo expuso ampliamente el plan completo de redención de Dios para todos los hombres.

Cuando Adán pecó, él perdió su herencia de vida eterna, no sólo para sí mismo, sino para todos sus descendientes. Todos los hombres han heredado la naturaleza caída de Adán, y como resultado, todos han pecado. La historia de la raza humana desde el tiempo de Adán ha probado que el hombre no es capaz de levantarse a sí mismo y llegar a las normas de la rectitud de Dios. Desde Adán hasta el diluvio, los hombres iban de mal en peor hasta que toda la humanidad, excepto una familia, fue corrupta. Entonces Dios destruyó a los inicuos, salvando únicamente a Noé y a su familia para preservar la raza. Razonaríamos naturalmente que los descendientes de Noé habrían de continuar en santidad, pero su historia revela que rápidamente vinieron a ser tan inicuos como aquellos antes del diluvio.

En el tiempo de Abraham, una vez más, Dios llamó a un hombre para preservar la fe en el único Dios viviente, el creador de todas las cosas. Otra vez podemos razonar que los descendientes de Abraham habrían de continuar en santidad, mas su historia está llena de cuentas de sus descarríos y fracasos.

Entonces Dios le dio la ley a Moisés para preparar a la gente para la venida de Cristo (Gálatas 3:24). La ley, al revelar las reglas de santidad de Dios, expuso sus pecados y puso a todos los hombres bajo condenación, mostrando así su necesidad de un salvador “Pues nada perfeccionó la ley, y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios” (Hebreos 7:19).

CAPITULO 1

LA NECESIDAD DE LA SALVACION

ROMANOS I

Pablo empezó su carta a los cristianos en Roma presentandose a sí mismo como el siervo de Jesucristo. Los eruditos nos dicen que la palabra original de la cual se tradujo “siervo” significa “esclavo,” uno que es la propiedad completa de su amo (El Comentario de Clarke, volúmen VI, Romanos 1:1). No sabemos de ninguna otra persona cuya personalidad y vida fueron tan completamente cambiadas como lo fue las de Pablo. El fue cambiado casi instantáneamente, de un partidario religioso fanático, perseguidor de los cristianos, a un siervo amado del Señor Jesucristo (Exodo 21:2-6; Deuteronomio 15:16,17).

Cuando él se encontró con Jesús en el camino a Damasco y comprendió que era el Señor Jehová, se entregó a sí mismo en completa rendición. Quedó ciego por la luz de la gloria del Señor y fue conducido a lit casa de Judas, en la calle Derecha en Damasco. Ananías le encontró tres días después, oró por él y le bautizó. Las escamas cayeron de sus ojos y recibió el Espíritu Santo, por el cual fue hecho nueva criatura en Jesucristo (Hechos 9:1-22; 22:1-16). De ahí en adelante Pablo fue el esclavo amado, la propiedad entera de su Señor y Amo, Esta experiencia fue la base y sostén de sus muchos años de ministerio, sirviendo al Señor aún con mucho más celo que cuando perseguía a los cristianos.

El llamado de Dios a Pablo para el ministerio del evangelio fue ciertamente un llamado misionero, especialmente para los gentiles. Después de encontrarse con Jesús en el camino a Damasco, estaba preparado para este llamado en la casa de Judas en Damasco. Pablo, físicamente ciego, había aprendido que Jesús de Nazaret, a cuyos seguidores él se había opuesto tan amargamente, era el Cristo. Ahora, se arrepentía bajo una agobiante carga de compunción por su reciente actividad en contra de los discípulos de Jesús. Pablo había pensado que estaba defendiendo la ley de Moisés, mas aprendió que estaba persiguiendo al Señor Jesucristo.

El Señor envió a Ananías para darle a Saulo (Pablo) su llamado, para orar por él y para bautizarle (Hechos 9:10-15). Saulo tuvo que haber recibido su primera chispa de esperanza cuando Ananías le llamó “Hermano Saulo” y le dio el mensaje de Dios (Hechos 9:17-19). Saulo no vaciló para obedecer al llamado de Dios. Empezó inmediatamente a predicar a Cristo en las sinagogas, proclamándole como el Hijo de Dios (Hechos 9:20-22). Saulo, que había estudiado bajo Gamaliel (Hechos 22:3), era bien instruido en las Escrituras del Antiguo Testamento y en las profecías mesiánicas. Ahora que se había familiarizado con Jesús, era muy capaz de probar Su identidad (la de Jesús) con las Escrituras, así como también su propio testimonio de la visita que el Señor le hiciera.

No obstante, Pablo no estaba listo aún para empezar la obra misionera. El Señor sabía que él necesitaba más preparación. En consecuencia, cuando los judíos organizaron un complot para matarle, los discípulos le ayudaron a escapar por la muralla de Damasco (Hechos 9:23-25); el Señor le guió hacia el desierto de Arabia (Gálatas 1:17). Gálatas 1:11-25 narra la historia de las primeras experiencias cristianas de Pablo desde el tiempo que él fue para Arabia hasta que regresó a Jerusalén, y completa el espacio entre Hechos 9:25 y el versículo 26.

En el desierto de Arabia, por un tiempo aproximado de tres años, Pablo se encontraba en la escuela del Espíritu Santo. Fue allí donde él recibió del Señor el mensaje completo del evangelio de Jesucristo, de la salvación por gracia y fe únicamente; sin ninguna mezcla con la ley de Moisés. También recibió, el mensaje de la Santa Cena, justamente como Jesús la había dado a los demás apóstoles antes de que fuera crucificado (1 Corintios 11:20-26). A él se le hizo claro por la revelación del Señor, así también por las profecías del Antiguo Testamento, que la redención en Jesús era para todas las naciones sobre la misma base. Esto le preparó para el llamado que había recibido en Damasco.

En el curso del tiempo (el tiempo de Dios), fue guiado hacia el ministerio al cual Dios le había llamado. Empezó su obra misionera en Antioquía de Siria, junto con el devoto Bernabé (Hechos 11:19-26). Un año más tarde, él y Bernabé fueron llamados por el Espíritu Santo y ordenados por los ancianos en Antioquía para su primer viaje misionero (Hechos 13:1-4). En un período aproximado de dos años, les llevó hasta Derbe, próximo a Tarso de Cilicia, el lugar de nacimiento de Pablo (Hechos 14:20-27).

Pablo se convirtió en el misionero principal de la iglesia primitiva. Viajaba por la mayoría de los territorios del mundo conocidos hasta

ese entonces, predicando el evangelio como Dios se lo había ordenado. Preclicó a gentiles y judíos. Entrenó a muchos jóvenes ministros, quienes, viajaron con él en sus viajes misioneros. Ellos también ministraron, como Pablo dirigía, a las diferentes iglesias que habían sido establecidas por los esfuerzos misioneros. Pablo consideraba a Timoteo, quién fue de gran ayuda y consolación para él, su hijo en el evangelio (II Timoteo 1:2). Cuando Pablo fue encarcelado en Roma, expresó en su carta a los filipenses la confianza que él depositaba en Timoteo (Filipenses 2:19-23). Pablo soportó una carga muy pesada por la responsabilidad de todas las iglesias (II Corintios 11:28). Con esa misma carga de inquietud, escribió a los santos en Rorra concerniente al evangelio de Jesucristo..

Pablo empezó su discusión del evangelio al decir a los cristianos romanos que él se refería al Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, quién fue hecho del simiente de David de acuerdo a la carne y quien fue declarado Hijo de Dios con poder, de acuerdo al Espíritu Santo, por la resurrección de entre los muertos. Cuando el cumplimiento del tiempo de Dios había llegado, El envió a su Hijo, nacido de mujer, bajo la ley y del linaje de David, de acuerdo a la profecía (Gálatas 4:4). Los milagros de Jesús probaron más allá de la sombra de duda de que él era Dios manifestado en carne (Juan 10:30-39; 14:5-11), pero su resurrección de entre los muertos doblemente probó su identidad (Romanos 1:4). Pablo dijo a los gálatas que Dios se refería al evangelio cuando dijo a Abrahám, “. . . En ti serán benditas todas las naciones” (Gálatas 3:8). El explicó que Dios prometió a Abraham que él habría de tener un renuevo (descendiente) en el cual todas las naciones del mundo serían bendecidas (Gálatas 3:16). Ese era Jesús, de la simiente de Abraham, quien dio su vida para la redención de la gente de todas las naciones. También había llamado a estos santos en Roma, “judíos y gentiles,” y los salvó por su evangelio (Romanos 1:6).

Pablo entonces se dirigió a los santos de Roma como amados de Dios, y les proclamó la gracia y la paz del Señor Jesús (versículo 7). El expresó las gracias a Dios por su fe, aceptación del Señor Jesucristo, y las buenas nuevas que habían llegado a todo el mundo conocido (versículo 8). Les dijo cómo él oraba sin cesar por ellos. También oraba para que Dios le concediera un viaje próspero a Roma, de manera que él pudiera ministrarles beneficios espirituales, los cuales les ayudarían a establecerse en Cristo. Pablo se había propuesto muchas veces ir a Roma, pero había sido estorbado por la necesidad del evangelio en tantos lugares. Su ferviente deseo de visitar a Roma nació de una carga y el sentir de ser un deudor para llevar el evangelio a todo el mundo, si fuera posible. Estaba listo para predicar el evangelio en Roma tan pronto como Dios le permitiera ir allá (versículos 11-16).

Laboraba incansablemente no sólo por un sentimiento de deuda hacia Dios por su salvación, sino por un amor y deseo de obedecer al llamado de Dios. Estaba agradecido de que Dios le había encontrado apto para predicar su evangelio (1 Timoteo 1:12, 13). El testificó: “Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio! Por lo cual, si lo hago de buena voluntad, recompensa tendré; pero si de mala voluntad, la comisión me ha sido encomendada” (1 Corintios 9:16,17).

Pablo no sólo se encontraba deseoso, mas aún agradecido y feliz de realizar la voluntad de Dios. Nunca estuvo avergonzado en ponerse de pie delante de cualquier congregación con el mensaje del evangelio de Jesucristo, porque él sabía que es poder de Dios para salvación a todos los hombres (Romanos 1:16). “Porque en el evangelio, la justicia de Dios se revela por fe y para fe como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá” (versículo 17). Sólo por la fe y la obediencia al evangelio de Jesús pueden los hombres escapar de la ira de Dios, la cuál se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad (versículo 18).

En los versículos 19-23 Pablo mostró que todos los hombres son responsables de sus pecados y son culpables delante de Dios. Algunos se han pensado y se han preguntado concerniente a la voluntad de Dios en cuanto a los paganos, que nunca han oído hablar del evangelio de Jesucristo. Las Escrituras señalan que Dios nunca se ha quedado sin testigo (Hechos 14:15-17). El ha sido testigo de sí mismo a través de su creación y de las muchas bendiciones que ha dado para el hombre en su creación. El envía la lluvia sobre el justo y el injusto (Mateo 5:45). “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:20).

La existencia de Dios, el misterio de su poder omnipotente y su gran amor por la raza humana, se encuentran todos imprimidos en su creación. Formó esta tierra bella y perfecta para la habitación del hombre a quien El habría de crear, y con quien deseó tener amistad. Su gran amor por la raza humana se muestra en las innumerables criaturas, vegetación y los productos que la tierra posee para el uso del hombre. Su poder omnipotente se muestra en los detalles minuciosos y la regularidad, semejante al reloj, con la cual opera cada cosa en el universo: el sol, la luna, las estrellas, planetas en sus

órbitas, nuestros días y noches, y las cuatro estaciones del año. Con nuestras mentes finitas no podemos comprender la grandeza y el amor de Dios. Su mayor demostración de amor por la humanidad fue la muerte, sepultura y resurrección de Jesús para nuestra salvación (Romanos 5:6-8).

La vida de Jesús en la tierra, su ministerio, sus milagros, y finalmente, su muerte, sepultura, y resurrección de entre los muertos, fue y lo es aún el mayor testigo y revelación de Dios que el mundo jamás haya conocido. Con sus mentes finitas, los hombres de hoy no ven la existencia de Dios a través del universo y la maravillosa forma en que funciona. Aunque la creación de Dios revela Su existencia y Sus obras, el mero creer en esto no salva al hombre. Sólo pueden ser salvos por medio del evangelio de Jesucristo, el cual fue el plan de Dios preordenado para la redención del hombre antes de la fundación del mundo. Es la responsabilidad de la iglesia predicar el evangelio en todo el mundo para testimonio a todas las naciones antes del retorno del Señor a la tierra para tomar Su Iglesia (Mateo 24:14). Lo más importante es que el pueblo de Dios enfrente su responsabilidad y haga todo lo que esté a su alcance para llevar el evangelio a toda nación y tribu en el mundo.

Los hombres, a quienes Dios proveyó y creó con tanto amor, no le glorificaron como Dios. Llegaron a ser vanos en sus razonamientos (Romanos 1:21-24). El diablo le dijo a Eva que sería tan sabia como Dios cuando comiera del fruto prohibido. Empero, su necio corazón se oscureció y consecuentemente, hizo que Adán pecara. Por lo tanto, todos sus descendientes heredaron su naturaleza caída y se tornaron a la idolatría, porque no quisieron retener un conocimiento de Dios. Al querer vivir como les placía, de acuerdo a su naturaleza carnal, crearon sus propios dioses a su imagen y a la imagen de las cosas a las que adoraban. Como resultado, Dios les entregó a su propia corrupción. Dios nunca ha forzado a nadie para que le sirva; sólo quiere que aquellos que le sirvan, lo hagan en amor y de su propia voluntad. Al mirar a nuestro mundo de hoy vemos a las multitudes que han hecho su elección y se han entregado a sus propias prácticas viles.

Los versículos 25-32 revelan la profundidad de pecado a la cual han sido guiados los hombres por la naturaleza carnal. Esta condición, que ha existido desde la caída de Adán y que está arruinando y condenando a tantos hoy, muestra la necesidad de la redención del mundo. Gracias a Dios que ha provisto la salvación para todo aquel que venga al Señor Jesús para nacer de nuevo y ser nueva criatura.

Parece que la mayoría de los hombres y mujeres de todas las

generaciones se han dado a obedecer a los deseos pecaminosos y apetitos de sus naturalezas carnales. Desde Adán hasta la venida de Cristo, los hombres estuvieron esclavizados bajo su naturaleza caída. Muchos, por fe en Dios y en su Palabra, se cohibieron de cometer pecados indecorosos; pero nadie fue capaz de cumplir a cabalidad la voluntad de Dios. No obstante, Dios tomó en cuenta la fe por la justicia a todo aquel que hizo un esfuerzo sincero para complacerlo. Enóc, en medio de casi la total corrupción, agradó a Dios por su fe hasta el extremo de que fue llevado al cielo (Génesis 5:24; Hebreos 11:5, 6). Noé encontró el favor de Dios y fue salvado del diluvio para preservar la raza. Abraham no era perfecto, mas su fe le fue contada por justicia (Génesis 15:6; Romanos 4:3; Gálatas 3:6). La fe de José le hizo sumiso a la voluntad de Dios por la duración de su vida (Génesis 50:15-21). Moisés alcanzó la posición en su relación con Dios donde Dios hablaba con él cara a cara (Exodo 33:11; 34:29, 33). David fue un hombre conforme al corazón de Dios (1 Samuel 13:14; Hechos 13:22). Cometió un gran pecado, pero se arrepintió con gran pena (Salmos 51:1-5). Hubo muchas otras personalidades importantes en la historia del Antiguo Testamento, a los cuales Dios ungió, usó y les galardonó. Pero hubo muchos otros que no siguieron el camino de la fe, sino que escogieron obedecer mejor a la lujuria de su naturaleza caída.

La historia en el Antiguo Testamento de aquellos a quienes Dios entregó a sus propias concupiscencias, es un cuadro completamente diferente al de aquellos que escogieron el camino de la fe. Es de éstos que Pablo habló en los versículos 25-32. Algunos de ellos eran los perversos de Sodoma, quienes trajeron la ira de Dios sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra y las ciudades de los llanos (Génesis 19:1-26). Sin el poder restrictivo de la fe en Dios, se entregaron completamente a toda concupiscencia pecaminosa, por la cual se acarrearón para sí mismos la justa recompensa (el juicio de Dios).. Cuando ellos rehusaron conservar a Dios en sus conocimientos, sus mentes fueron totalmente corruptas. En su relación el uno con el otro, se llenaron de toda injusticia: fornicación, codicia, malicia, envidia, asesinato, engaño y calumnia. En su odio hacia Dios, fueron poseídos de vileza. Al encontrarse sin afecto natural, se inventaron cosas viles; deshonraron y desobedecieron a sus padres. Continuaron cometiendo estos pecados, aunque habían sido advertidos de que la paga del pecado es la muerte, y que segarían el juicio de Dios.

Nos gustaría pensar que tales condiciones fueron en el pasado, antes de la venida de Cristo, pero el mundo está repleto con estas deplorables condiciones hoy. Hombres y mujeres están practicando

los mismos pecados atroces en las sociedades del tiempo presente. Quizás la condición sea hoy aún peor a causa del terrible abuso de las drogas entre los jóvenes de nuestra tierra. Sus mentes, así como sus cuerpos, se encuentran arruinados.

No obstante, hoy hay salida para todo aquel que busque la salvación en el Señor Jesús. Las buenas nuevas son que Jesús vino a la tierra, murió por nuestros pecados, y se levantó de los muertos con las llaves del Hades y de la muerte. El entonces ascendió a las alturas para derramar su Espíritu sobre todo aquel que crea y le obedezca. Este es el nuevo nacimiento en el cual los hombres, mujeres y niños pueden empezar su vida nueva cuando sus pasados son borrados por la sangre de Jesús. Cuán agradecidos estarán los santos llenos del Espíritu de Dios porque han huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia (II Pedro 1:4).

ROMANOS 2

El capítulo 2 trata de la responsabilidad de los judíos en relación con su mayor iluminación y privilegio. Habiéndoseles dado la ley de Dios, vivían en un plano moral más elevado que los gentiles, pero llegaron a ser más culpables porque no alcanzaron el patrón de santidad de Dios, como se reveló en Su ley (Romanos 7:7-23). Habían pecado en contra de la iluminación y el privilegio. Ellos se midieron a sí mismos mediante los paganos, en vez de la ley de Dios, y pecaron al jactarse de su santidad sobre los gentiles. Consideraban a los gentiles como perros en comparación con ellos mismos.

Pablo dijo a los judíos que ellos no tenían excusa para juzgarse de esta manera. Al condenar a los gentiles, se condenaron a sí mismos, porque ellos también pecaron. No los que oyen, sino los que cumplen la ley son justificados delante de Dios (Romanos 2:1-16).

No hay acepción de personas para con Dios (versículo 11). Su patrón de santidad ha sido siempre El mismo para todas las personas. Los judíos, a quienes les habían sido dada la ley de Moisés, fueron juzgados por la ley. Pero a causa de que nunca fueron capaces de obtener la total obediencia, se les exigió ofrecer sacrificios por el pecado, y el Sumo Sacerdote hacía una expiación por cada año. Dios aceptó esto por el mérito de su fe, mirando hacia el futuro a la venida de Cristo, quien haría el sacrificio perfecto por ellos (Hebreos 10:1-22; 11:32-40). Ellos esperaban la promesa de la venida de Cristo. Ahora nosotros miramos por fe al pasado, a la obra cumplida

en el calvario. Es importante entender la condición de los santos del Antiguo Testamento que vivieron bajo la ley de Moisés; comparada con la de los santos del Nuevo Testamento en la nueva y vivificante forma del Espíritu Santo, el cual fue traído a todas las naciones por medio de la muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesucristo.

En los tiempos del Antiguo Testamento, los gentiles eran casi totalmente idólatras. Algunos llegaron a creer en el Dios de Israel y se convirtieron en prosélitos de la religión de los judíos al aceptar el pacto de la circuncisión. Entonces, también ellos fueron juzgados por la ley de Moisés. Ciertamente, a causa de la venida de Cristo, todos, judíos y gentiles, son salvos por la fe y la obediencia al evangelio de Jesucristo. Hechos 2:38 con Romanos 6:3 y 4, explican de qué manera puede alguno obedecer al evangelio de Jesucristo. Las personas de todas las naciones que continúen en la injusticia, rehusando el arrepentimiento, serán juzgadas por las mismas leyes justas y patrones de Dios. Los judíos nunca habían sido capaces de mantener perfectamente la ley de Moisés (Santiago 2:10-11). Sin embargo, en Romanos 2:14-15, Pablo mostró que ambos, judíos y gentiles, que vienen a Jesús y son hechos nuevas criaturas en Cristo por el Espíritu Santo, se les habilita para guardar la justicia de la ley. Esto muestra el poder de la ley de Dios, la de la libertad (Santiago 1:25; 2:12), la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús (Romanos 8:2-4) escrita en sus corazones (Jeremías 31:31-34).

En los versículos 17-29 Pablo condenó a los judíos, especialmente a sus líderes religiosos, por su hipocresía en la apariencia religiosa y por su condición corrupta interna. Profesaban obedecer a la ley y exigían de la gente obediencia meticulosa a la ley ceremonial de Moisés y las tradiciones de los ancianos (Mateo 15:1-3). A causa de su hipocresía al no poder cumplir con su profesión, acarrearon reproche al nombre de Dios entre los gentiles (Romanos 2:24). Jesús dijo a sus discípulos que obedecieran a las palabras de la ley de los escribas y fariseos, quienes ocuparon el lugar de Moisés (como dirigentes), pero que no siguieran sus obras, “. . . Porque dicen y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas” (Mateo 23:1-4).

El pacto mosaico exigió que todos los niños varones judíos fueran circuncidados. La señal del pacto de la circuncisión fue dada a Abraham (Génesis 17:9-13) para apartarle a él y sus descendientes (aquellos que vinieron de Isaac y Jacob), de las naciones idólatras. Dios se propuso que significara fe verdadera y sincera en Jehová y aceptación y obediencia a la ley de Moisés (Deuteronomio 10:12-20). Esta señal únicamente perteneció al pacto de Dios del Antiguo Testamento con la nación de Israel. No era un mandamiento del Nuevo Pacto de la gracia en Jesucristo.

Los judíos enseñaban que ningún gentil podría tener parte con Dios sin aceptar el pacto mosaico de la circuncisión. Este pacto fue abolido cuando Jesús vino para ofrecer la salvación a todo el mundo mediante el nuevo pacto, que es Su ley escrita en sus corazones por el Espíritu Santo (Hebreos 7:18,19; 8:6-13). Pablo *reveló que la institución del bautismo en agua en el nombre de Jesucristo ocupó el lugar de la señal de circuncisión del Antiguo Testamento (Filipenses 3:1-3); Colosenses 2:8-13). Fue necesario que el Señor revelara a los santos en la Iglesia del Nuevo Testamento que la circuncisión no era ya requisito para la salvación (Hechos 10:19-48; 11:1-18). En el Nuevo Pacto de gracia mediante Jesucristo, el pueblo de Dios no es considerado por raza, sino por la fe a la obediencia de Su evangelio (Romanos 2:28, 29).

ROMANOS 3:1-20

En los versículos 1-8, Pablo respondió a dos objeciones que se esperaba que los judíos hiciesen de su argumento en el capítulo 2. Se les esperaba que dijese que si ellos se encontraban bajo la misma condenación de los gentiles, no habría ninguna ventaja en ser judío. El respondió que Dios les había dado grandes ventajas por medio de la ley con sus promesas. Sin embargo, estas ventajas les exigían mayor fidelidad y servicio, los cuales ellos no le habían mostrado. No obstante, su fracaso había probado que el hombre era incapaz de hacerse justo, y por eso se abrió el camino para Dios mostrar su poder-, en proveer la justicia para el hombre.

Los judíos jamás habían supuesto que Dios concedería Su favor a ninguna persona excepto a ellos. Parece que ellos pasaron por alto todas las Escrituras del Antiguo Testamento, las cuales habían predicho que los gentiles serían aceptados en el favor divino de Dios. Esperaban la promesa mesiánica para que les librase de la imposición extranjera, como otro rey David, de manera que otra vez estableciera su reino. Se encontraban tan absorbidos en sus propias especulaciones y deseos ambiciosos, que rehusaron considerar otras creencias. Los caminos del hombre nunca han sido los de Dios, y sólo Sus caminos son verdaderos. El hombre no puede entender los métodos de Dios hasta que Dios abra su entendimiento a las cosas divinas y espirituales. Dios es veraz, mas todo hombre mentiroso (o esté equivocado).

Una vez más, los judíos pudieron haber objetado que si su fracaso abrió el camino a la manifestación del plan de salvación de Dios,

¿por qué serían ellos condenados por sus debilidades? Pablo contestó que a pesar de que su fracaso había dado la ocasión para el advenimiento del plan de Dios para la redención, sin embargo eran responsables por sus pecados y eran culpables hasta que se hubieran arrepentido. La petición de los judíos para la crucifixión de Jesús fue usado por Dios para llevar a cabo Su plan de redención para los hombres, pero ésto no les quitó la culpa de su odio asesino hacia Jesucristo (Hechos 2:22-24; 3:13-19).

En los Romanos 3:9-20 Pablo mostró que los pecados de todos los hombres, así pequeños o grandes, son incitados por la naturaleza carnal caída, con la que todo hombre nace. Un niño no es culpable de pecado, pero nace con una naturaleza que lo guiará hacia el pecado en cuanto sea lo suficientemente adulto como para discernir entre el bien y el mal. Un niño debería ser instruido y guiado en el camino de la justicia tanto como sea posible, pero sólo un nuevo nacimiento en Cristo le puede salvar de la esclavitud del pecado. Su religión no le puede salvar

Este pasaje de las Escrituras no enseña que cada hombre desde Adán ha cometido todo pecado inscrito aquí. Simplemente quiere decir que esta condición ha prevalecido entre toda la humanidad. Todo pecado es posible para aquel que no frena su naturaleza caída. Y toda perversión posible ha sido efectuada en cada generación. Pero a pesar de que la ley de Moisés fue un freno para los judíos religiosos sinceros, todavía eran pecadores y culpables ante Dios, hasta que vinieran a Jesús en arrepentimiento y obediencia a Su evangelio. No pudieron ser justificados por las obras ceremoniales de la ley. La ley de Moisés solo tenía el poder para revelar el pecado.

El Salmo 14, de donde algunos de estos versículos se citan, muestra que la gente del tiempo de David buscaba al Señor para que trajera salvación desde Sion (Salmos 14:7). En otro lugar, Pablo llamó a los pecados que se encuentran aquí en Romanos 3:9-20, las obras de la carne” (Gálatas 5:19-21). Dijo que aquellos que cometen tales cosas no heredarán el reino de Dios. También dijo: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16). Dios, en Su misericordia, trajo salvación en Jesús para todo aquel que quiera, por fe y obediencia, recibirla.

CAPITULO II

EL MEDIO DE LA SALVACION

ROMANOS 3:21-31

Hemos aprendido del estudio de Romanos 1:1 hasta el 3:20, que todos los hombres son pecadores y no pueden ser justificados mediante las obras de la ley de Moisés. La ley exigió justicia, la cuál no podía ser producida, como tampoco pudo sacar el pecado del corazón. Pablo escribió a los gálatas: “¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley” (Gálatas 3:21). Si el hombre tiene que ser justificado, entonces tiene que haber otra forma; esa forma es por medio de la obra redentora de Jesucristo. Bajo la ley de Moisés, todos los hombres se quedaron siendo culpables y bajo la sentencia de muerte (muerte eterna). El Dios justo de una ley justa (Romanos 7:12-14) no puede excusar los pecados del hombre y continuar siendo justo. La propia naturaleza de Dios es esencialmente justa. Cuando Moisés pidió ver la gloria de Dios (Exodo 33:17-23), Dios le contestó al declarar su personalidad en Su nombre:

“Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado. . . “ (Exodo 34:5- 7).

No podía ser justo si quitaba la culpa sin exigirles que se convirtieran en justos, y hemos aprendido que el hombre no puede hacerse justo a sí mismo a causa de su naturaleza pecadora caída. La pena de Dios por el pecado, que es la muerte y el infierno, muestra su odio al pecado y su ira por él. Mas, en su amor por la humanidad, proveyó a Jesús, el hijo de la virgen María, para que muriera en el lugar de todo pecador que se arrepintiera y obedeciera a su evangelio. Por medio de la obediencia al evangelio, el pecador recibirá el Espíritu Santo y vendrá a ser partici-

pante de su naturaleza divina (II Pedro 1:3, 4).

Jesús murió para pagar la pena de nuestros pecados; fue sepultado para simbolizar su ida al infierno en nuestro lugar, y siendo él sin pecado, se levantó en la resurrección con las llaves del Hades y de la muerte (Apocalipsis 1:18). Entonces ascendió al cielo para derramar su Espíritu sobre todo aquel que crea y obedezca. En el día de Pentecostés, Pedro, a quien Jesús había dado las llaves del Reino de los Cielos (Mateo 16:19), dijo a la multitud cómo obedecer al evangelio: por el arrepentimiento (morir a la antigua vida de pecado) y al ser sepultado con Cristo en las aguas del bautismo, en Su nombre, de manera que pueda ser levantado para caminar en la nueva vida de Su Espíritu (Hechos 2:38).

“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:2-4).

Pablo dijo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Esta experiencia gloriosa impide que el hombre se jacte en su propia justicia (Romanos 3:27). Aquel que no se pueda salvar a sí mismo, ciertamente no puede jactarse en aquello que es totalmente la obra de Dios. Y esta justicia que resulta de la fe en Jesucristo es para todo el mundo, gentiles así como los judíos (versículos 29-31).

ROMANOS 4

En el capítulo 4, Pablo alarga las afirmaciones hechas en la última parte del capítulo 3. Los versículos 1-8 muestran que la justificación no puede ser merecida por obras morales de fariseísmo, mas sólo se recibe por la fe en Jesús. Jesús hace la obra cuando confiamos en él. El ejemplo de la fe de Abraham fue usado para probar ésto. Pablo se refirió también a la afirmación de David en Salmos 32:1-2 en la defensa de esta verdad. Las obras de la ley se refieren generalmente a la ley ceremonial de Moisés. Pero tampoco puede el hombre merecer la gracia de Dios por sus propias obras morales. “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que

siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). Después de ser salvos, se nos otorga el poder por su Espíritu Santo para seguir las obras buenas de la justicia (Romanos 8:12-13). Quizás debiéramos mencionar aquí que Santiago no contradijo la enseñanza de Pablo sobre la salvación por» fe sin obras (Santiago 2:14-20). Santiago se refirió a las buenas obras que los cristianos deben seguir después de ser salvos, y porque son salvos; mientras que Pablo se refirió a la lucha del hombre por ganar la salvación por medio de sus propias obras.

Romanos 4:9-12 muestra que la justificación no puede ser alcanzada por medio de la observancia de ritos religiosos. De nuevo, la fe de Abraham se usó como ejemplo de esto. Abraham fue justificado por fe (Génesis 15:6), por lo menos catorce años antes de que él recibiera el rito de la circuncisión (Génesis 17:10). Pablo también usó esto para mostrar que la justificación por fe no era sólo para los judíos sino para toda la gente del mundo. Abraham no sólo fue el padre de los judíos, sino también de muchas naciones, y es llamado el padre de todos los fieles (Romanos 4:11). Todo aquel que crea en Jesús y obedezca a su evangelio es justificado, aparte de todo rito o ceremonia religiosa.

Los versículos 13-24 muestran que la justificación no se alcanzaba por medio de la ley de Moisés. Una tercera vez Pablo usó la experiencia de Abraham para sustentar esta verdad. Abraham fue justificado por fe Ni le fue dada la promesa de la Simiente (el Mesías), el Salvador del mundo, más de cuatrocientos años antes de que la ley mosaica fuera dada (Gálatas 3:16-17). Por la razón de que Abraham no dudó de la promesa de Dios, sino que fue fuerte en su fe, le fue dada la promesa que por medio de su Simiente (Cristo), quien heriría a Satanás por la cabeza, todas las naciones de la tierra serán benditas. Todo el mundo es heredero de esta promesa, si cree y obedece.

En la ocasión de la obediencia de Abraham al ofrecer a Isaac como un sacrificio, Dios repitió su promesa hecha a él antes del nacimiento de Isaac (Génesis 12:1-3) y la confirmó con un juramento (Génesis 22:1-18). Después de la venida de Cristo, él inspiró al Apóstol Pablo para que revelara la importancia de esta promesa a todos sus herederos. En Hebreos 6:17-20, Pablo escribió:

“Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como pre cursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.”

La promesa de Dios y el juramento de Dios son las dos cosas inmutables por las cuales es imposible que Dios mienta. Por la Palabra de Dios y por el Espíritu Santo, que es las arras de nuestra herencia eterna (Efesios 1:13,14), poseemos esta firme consolación y una confianza absoluta de vida eterna en el cielo; si nos hemos asido de la esperanza que se nos dio; y si permanecemos fieles hasta el fin de esta vida.

Romanos 4:15 muestra que la ley sólo podía poner al hombre bajo condenación, porque únicamente revelaba los pecados de la gente, pero no se los podía quitar. Fue llamado el ministerio de condenación y muerte, a causa de que su único poder consistía en hacer consciente al hombre del hecho de que estaba bajo sentencia de muerte (11 Corintios 3:6-11). La letra de la ley mata, mas el Espíritu de Cristo da vida (Gálatas 3:21).

La eficacia de la ley para cambiar al hombre de pecador a santo no estaba en sí misma, sino en la debilidad de la naturaleza carnal del hombre. Sólo la obra redentora de Cristo podía producir un nacimiento nuevo por el cual las mentes y naturalezas de los hombres son cambiadas (1 Corintios 2:16; Filipenses 2:5). Jesús fue enviado para morir por nuestros pecados y se levantó de nuevo para nuestra justificación (Romanos 4:25). Esta es nuestra base sólida (Mateo 7:24-29).

En los tiempos del Antiguo Testamento, Dios atribuyó la justicia, que era esencial para la justificación, por mérito a la fe de la gente. Ahora en la era del Nuevo Testamento, el hombre no puede hacerse a sí mismo justo como no pudieron los santos del Antiguo Testamento. Mas, considerando que su justicia le fue atribuida (le fue contada) en la base de la fe; nuestra justicia, bajo el Nuevo Pacto, nos es impartida por el Espíritu Santo (Romanos 5:17; II Pedro 1:4). “No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10). Jesús preguntó al joven rico, “¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios” (Mateo 19:17). Jesús era bueno porque él era Dios manifestado en carne, mas el hombre tiene que recibir la justicia como un regalo de Dios. El da justicia al derramar Su Espíritu Santo sobre todo aquel que cree y obedece Su evangelio (Hechos 2:38).

ROMANOS 5

Los versículos 1-11 revelan las bellezas y bendiciones de la

salvación que Dios obró para el hombre por medio de la muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesucristo. Pablo aplicó estas bendiciones a aquellos que habían sido justificados por la fe y obediencia al evangelio de Jesucristo. Una de las primeras bendiciones de la salvación es la paz. El evangelio de Jesús es llamado el evangelio de paz (Efesios 6:15). Pablo dijo: “¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz!” (Romanos 10:15). Nuestro Dios es el Dios de paz (Romanos 16:20; II Corintios 13:11; Filipenses 4:9; I Tesalonicenses 5:23; Hebreos 13:20). En Filipenses 4:7, Pablo dijo: “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.” Uno que haya experimentado el nuevo nacimiento en el Espíritu Santo no puede olvidar nunca la paz gloriosa que levantó su corazón y mente. Ciertamente sobrepasa todo entendimiento. La paz de Dios mantendrá el corazón y la mente de aquellos que ponen su confianza en él en todas las circunstancias y situaciones.

Amor, gozo y paz son los principales frutos del Espíritu Santo (Gálatas 5:22). Pablo, estando lleno de amor, gozo y paz de Dios, podía gloriarse en la tribulación, no porque disfrutara de la tribulación, sino por sus beneficios para su alma. Cuando nos damos cuenta de que el esfuerzo de nuestra fe es más preciosa (valiosa para nosotros) que el oro (1 Pedro 1:6-7), también nosotros debiéramos gloriarnos en la tribulación. Pablo, que fue un ejemplo de dedicación a la voluntad de Dios, dijo: “Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (II Corintios 4:17-18). Aquello que Pablo llamó leve tribulación (II Corintios 4:8-16; 11:23-28) probablemente parecería enorme para nosotros. Dios usa las pruebas y tentaciones para nuestro desarrollo espiritual. Obrarán en nosotros paciencia y experiencia, por las cuales aprenderemos a mirar con esperanza las cosas eternas.

Estas bendiciones nos han llegado porque Dios nos amó aún cuando todavía éramos pecadores y dio a Cristo para morir y traernos esta esperanza gloriosa. Nosotros que estábamos vendidos al pecado y enemigos de la cruz de Cristo, hemos sido reconciliados con Dios por la muerte del Señor Jesús, y hemos sido salvados por Su resurrección en el Espíritu Santo.

Romanos 5:12-21 explica que el pecado, y como resultado, la muerte, vinieron a la raza humana por la caída de Adán. Los versículos 13 y 14 muestran que la ley de Moisés fue dada primeramente para hacer consciente a la gente de sus pecados y de sus horrendos

resultados. Ya estaban condenados y bajo la pena de muerte, mas la ley fue necesaria para revelarles el alcance del pecado, para advertirles de su pena y para mostrarles el requisito de Dios para la justicia. Pablo mostró que la pena de muerte no dependía de cuánto, mucho o poco, alguien pecó, sino que todos han nacido con una naturaleza que les guía hacia el pecado. Sólo pueden ser librados de esta condición por medio del poder salvador de Cristo. En Juan 3:16-21, Jesús enseñó esta misma verdad. El mostró que el hombre es condenado hoy a causa de su incredulidad y mala voluntad para venir a la luz del evangelio, que es el único remedio para el pecado. Estos ignoran voluntariamente la verdad de Dios porque no quieren obedecerla.

Romanos 5:17 muestra que la justicia, sin la cual es imposible ser justificado delante de Dios, es el don de Dios. Jeremías dijo: “Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jeremías 10:23). Y otra vez dijo: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9). Sabemos que la sociedad evalúa los grados de pecado. Hay muchas personas no salvadas que viven de acuerdo a muy buenos patrones de moralidad, pero aun así no alcanzan la-exigencia de Dios para la santidad. Sólo aquellos que están llenos con su Espíritu Santo pueden ser justificados. El les imparte su propia justicia en el Espíritu Santo. No obstante, somos aún mortales mientras estemos aquí en este mundo y por eso tenemos que contender con la naturaleza carnal. Tenemos que continuar buscando a Dios y mantenernos llenos con Su Espíritu para lograr la victoria. Sólo así podremos hacer aquellas cosas que le agradan (I Juan 3:22). Pero donde abunda el pecado, la gracia abunda más (Romanos 5:20-21).

ROMANOS 6

Puede ser que alguno piense, que, porque la salvación es por gracia y no por la ley, puede continuar en pecado. Pablo lo dijo claro que uno tiene que morir al pecado antes de que pueda vivir en Cristo (versículos 1 y 2). Cuando uno muere la muerte natural rompe toda ligadura con la vida natural. Deja familia, amigos, y posesiones aquí. Y cuando él muere a la antigua vida de pecado, rompe toda ligadura que tenía con la vida de pecado, de manera que pueda vivir la nueva vida en Cristo. Pablo mismo había muerto esta muerte. El dijo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20). La salvación es el regalo de Dios. Su regalo de vida en el Espíritu Santo convierte al hombre en nueva criatura en Cristo (11 Corintios 5:17).

Romanos 6:3-5 muestra, que cuando el hombre muere al pecado por el arrepentimiento, debe simbolizar esta muerte al ser bautizado (sepultado) en la muerte de Cristo en su nombre (Jesús). Uno no puede ser bautizado antes de arrepentirse, así como no debe ser sepultado antes de morir. Mas después que se arrepiente genuinamente (cambia completamente la vida antigua de pecado), y es sepultado con Cristo en las aguas del bautismo, será levantado a vida nueva en el Espíritu Santo. Esto explica cómo obedecer al evangelio de Jesucristo (I Corintios 15:1-4) y el significado de Hechos 2:38.

Romanos 6:6-20 enseña que cuando uno muere a la vida antigua de pecado, es sepultado con Cristo, y recibe vida nueva en Su Espíritu, no sigue estando atado por el pecado (Juan 8:31-36). La experiencia del nuevo nacimiento da poder sobre la ley del pecado que opera en los miembros del cuerpo mortal. Aquel que sirve al pecado, se encuentra atado por éste, mas cuando llega a ser nueva criatura en Cristo (II Corintios 5:17), es liberado de su esclavitud. Ahora tiene que usar sus miembros para realizar obras de justicia al Señor.

Tenemos que vivir una vida cristiana en este cuerpo mortal. Nuestro cuerpo mortal pertenece al Señor, así como también nuestro espíritu y alma.

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual esta en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (I Corintios 6:19-20).

No podemos permitir que el pecado reine en este cuerpo mortal, porque Dios no habita en templo sucio (I Corintios 3:17; 11 Corintios 6:17). Tenemos que sujetar este templo al Espíritu de Dios. Pablo dijo: “Sino que golpee mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (I Corintios 9:27). Pablo escribió también a los santos en Roma: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Romanos 12:1).

Hemos sido hechas nuevas criaturas en Cristo, pero aún vivimos en estos cuerpos mortales, y seremos tentados por la carne. El Espíritu Santo nos dará poder para resistir todas las tentaciones, mas para alcanzar la vida victoriosa, tenemos que prestar vigilancia constante y diligente a la vida santa. Tenemos que pelear la buena batalla de la fe (I Timoteo 6:12), por la dedicación y oración diaria.

Romanos 6:21-23 enseña acerca del fruto y el galardón de una vida cristiana victoriosa. El fruto de la vida antigua es el pecado, y su paga es el infierno eterno. El fruto de la vida nueva en Cristo es la santidad, sin la cual nadie verá al Señor (Hebreos 12:14-15). Su galardón es vida eter-

na en la gloria del cielo. Un pecador gana (merece) el infierno eterno por su vida de pecado; mas el redimido del Señor es recompensado por el don de Dios con vida eterna. Nadie puede ganar o merecer aquello que es un regalo gratuito de Dios; la salvación no es por obra sino que es un don de Dios.

ROMANOS 7

En los versículos 1-6, Pablo continuó con el tema de morir con Cristo a la vida antigua de pecado. Usó el ejemplo del compromiso del matrimonio que es roto por la muerte. Una mujer se encuentra unida a su esposo mientras éste vive; mas cuando el muere, es libre para casarse con otro. Nosotros, al morir con Cristo, somos libertados de la ley del pecado. Y al nacer de nuevo, nos unimos (nos casamos) con Cristo. Pablo usó esto aquí únicamente como una ilustración, no como una discusión sobre el divorcio. El enseñó sobre el divorcio en 1 Corintios 7:1-7.

En Romanos 7:7-14, Pablo defendió la ley de Moisés sobre la base de ser justa, buena y santa. Su corto alcance descansa sobre el hecho de que sólo tenía poder para revelar al pecado (Gálatas 3:21). En los versículos 7-9, Pablo expresó que él no se había enterado de que era pecador hasta que llegó a familiarizarse con la ley, que le mostró, qué era el pecado. El dijo: “Y yo sin ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí” (versículo 9). No tenía sentimiento de culpa hasta que llegó el mandato de Dios que le puso bajo condenación. La falta de la ley no estaba en la misma ley justa de Dios, sino en la naturaleza carnal de la gente que no podía guardar Su ley (Hebreos 8:7-8). Era débil por la carne (Romanos 8:3,4). La ley de Moisés frenaba parcialmente a la gente para pecar, pero no podía quitarles el deseo de hacerlo, ni daba poder para resistirlo. Al revelar el pecado, hizo conscientes a los pecadores del hecho de que ya estaban condenados y bajo la sentencia de muerte (versículo 9). El mandato, que fue ordenado para mostrar a la gente el camino de justicia, únicamente les puso bajo condenación al revelar la perversidad excesivo del pecado. Por esta razón llegó a ser llamada la ley de pecado y muerte (Romanos 8:2; 11 Corintios 3:6-11). La ley era espiritual; mas la gente era carnal, vendida al pecado (Romanos 7:14).

En los versículos 15-23, Pablo describió la naturaleza carnal de toda la humanidad, incluyéndose a sí mismo, antes de que encuentren redención y libertad en el Señor Jesús. El degenerado puede saber lo que es bueno y justo y desear hacerlo; mas en su naturaleza carnal (natural), los deseos y apetitos de la carne le apoderan y no es capaz de hacer aquello que él sabe que es bueno. Él desea hacer lo bueno, mas el principio del mal (la ley del pecado que opera en su propio cuerpo) es más fuerte que su poder de voluntad. Este principio es enfatizado en las vidas de aquellos que llegan a ser adictos al tabaco, alcohol o las drogas. De la misma manera, todos los hombres son naturalmente adictos al pecado antes de ser liberados por la regeneración en Cristo. Son cautivos a la ley del pecado que opera en los miembros de su cuerpo físico.

Estar atado por el pecado es una condición miserable y vil (versículos 24, 2, 13). Pablo no se enteró de que era conducido por este principio cuando, en un celo fanático, él perseguía a la iglesia (Hechos 7:57-59; 8:1-3; 9:1-20). Después que conoció a Jesús en el camino hacia Damasco y comprendió que él era el Señor Jehová, se rindió completamente a él. Después testificó que él recibió misericordia y perdón de sus pecados porque lo había hecho por ignorancia, en incredulidad (I Timoteo 1:12,13).

La esclavitud del pecado fue simbolizada por la condición de Israel bajo la esclavitud egipcia. Dios, por la mano de su siervo Moisés, libertó a Israel con Su poder milagroso. Todo aquel que se quiera rendir totalmente al Señor puede ser libertado por el mismo poder. Él vino a la tierra para predicar el evangelio a los pobres, para sanar los corazones débiles y para dar libertad a los cautivos (Lucas 4:18).

El nuevo nacimiento del Espíritu del Señor Jesucristo, que hace a la persona una nueva criatura, es el más grande milagro que se ha hecho a la humanidad. Las ambiciones, deseos y conceptos en la vida son totalmente cambiados cuando recibe esta vida más abundante del Señor Jesús (Juan 10:10). Todo aquel que nace de nuevo en el Espíritu experimenta este milagro. El apóstol Pablo fue uno de los ejemplos bíblicos más grandiosos de aquel tiempo, cuya vida fue completamente cambiada. Él testificó de las cosas de las cuales, en otra ocasión él se había enorgullecido: de la circuncisión, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de los hebreos, en cuanto a la ley, fariseo (Filipenses 3:4, 5). Él se refirió aquí sin dudas a la ley ceremonial de Moisés, la cual él había observado enteramente. Después, él dijo:

“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mí propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Filipenses 2:7-9).

ROMANOS 8

Hemos estudiado ya en el capítulo 7 la derrota espiritual del degenerado. En el capítulo 8, aprenderemos las bases para la vida victoriosa de un cristiano nacido de nuevo. Aprendemos en los versículos 1-4 que aquellos que han sido llenos del Espíritu Santo y caminan de acuerdo al Espíritu, no están ya bajo condenación. Esta es la respuesta del Señor a la pregunta de Romanos 7:24, “¿quién me libraré de esta cuerpo de muerte?” Esta liberación sólo puede venir por medio del Señor Jesucristo (Romanos 7:25). La ley del Espíritu de Cristo Jesús hace por nosotros lo que la ley de Moisés, o cualquier otra ley no pudo hacer jamás. Si hubiese sido una ley dada; una ley que pudiese dar vida, la justicia habría sido por la ley (Gálatas 3:21). La ley puede forzar a la gente a hacer lo que no quieren hacer, o los pone detrás de las rejas; mas no puede hacerlos justos. Uno puede incluso reformar su vida hasta cierto grado, pero únicamente puede ser hecho justo por el don de vida de Dios en el Espíritu Santo (Romanos 5:17). Por esta razón era esencial que Jesús por Su muerte redimiera al hombre del pecado y de la muerte, y darle una porción de Su vida resucitada (Hebreos 2:14,15).

Cuando la persona ha sido llena con el Espíritu Santo, no tiene ya que caminar de acuerdo a la carne para satisfacer sus deseos y apetitos. Ahora tiene poder para caminar de acuerdo al Espíritu, por el cual cumple la ley justa de Dios. Romanos 8:5-10 contrasta el caminar en el Espíritu y el caminar en la carne, que concierne únicamente con las cosas temporales y materiales de la vida. Esto es ser carnalmente (naturalmente.) orientado, lo que eventualmente le guiará a la muerte eterna. El caminar conforme al Espíritu quiere decir estar enteramente dispuesto a complacer a Dios y obedecer su voluntad. Mas aquel cuya mente ha sido transformada por el Espíritu de Dios, se encuentra en armonía con Su voluntad y será guiado por Su Espíritu (versículo 14). Pablo amonestó a todos: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2).

Estar en Cristo quiere decir estar lleno de Su Espíritu (Romanos 8:9). El versículo 11 enseña que es esencial tener el Espíritu Santo habitando en nosotros hasta que lleguemos al final de esta vida, o a la segunda venida de Jesús, para levantarnos en la resurrección. Es el Espíritu de Cristo que vivificará (dará vida) al cuerpo mortal o a sus restos.

Los versículos, 12 y 13 enfatizan que somos deudores de Dios para caminar en Su Espíritu, por el cual debemos subyugar los deseos del cuerpo (someter el cuerpo a sujeción del Espíritu de Cristo). Pablo dijo: “Sino que golpee mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9:27). Si llegamos a descuidarnos y ser tentados a caminar conforme a la carne, debiéramos refrescar nuestras mentes con estas palabras de Pablo para los corintios:

“O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:19-20).

A pesar de que vivimos en la carne y tenemos que buscar las cosas ‘necesarias de la vida natural, tenemos que, por el Espíritu, subyugar cualquier hecho de la carne que desagrade a Dios. Su voluntad y su servicio tienen que tener prioridad en nuestra vida.

Romanos 8:14-17 enseña las características de aquellos que son llenos del Espíritu Santo. Tenemos que ser guiados por el Espíritu de Dios si queremos seguir siendo sus hijos. Ser guiado por el Espíritu significa estar rendido devotamente a él, de manera que él pueda avivar nuestras mentes y hacernos desear hacer aquello que es agradable. El salmista dijo: “Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria” (Salmo 73:24). El Señor nos guía con su Palabra y Espíritu; y la Palabra y el Espíritu siempre estarán de acuerdo, porque son uno (1 Juan 5:7). Si no somos guiados por el Espíritu del Señor, nos descarriaremos y estaremos perdidos.

El Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios, y en el consuelo de esta seguridad, no sentiremos temor o ataduras. Como sus hijos, somos herederos de Dios y coherederos con Cristo. El Señor Jesucristo sufrió por nosotros y ascendió a la gloria. Como sus herederos, según hemos participado de su sufrimiento aquí, seremos tomados a su Gloria. Al caminar con él en la gloria de Su presencia en esta vida, nosotros, como Pablo, debiéramos sentir que los sufrimieritos de este tiempo presente no son comparables con la gloria que será revelada en nosotros (Romanos 8:18).

Los versículos 19-25 hablan de la gran esperanza que tenemos en la resurrección. En este cuerpo mortal tenemos aflicciones, pruebas, enfermedades y tristeza; mas en el Espíritu Santo tenemos las arras de nuestra herencia eterna (Efesios 1:13, 14). Cuando lleguemos a la plenitud de nuestra herencia en la resurrección, seremos libres de todas las enfermedades de esta vida (Apocalipsis 21:4). Como criaturas de esta tierra, con frecuencia sentimos aflicciones; mas nuestra esperanza eterna nos mantiene siguiendo hacia adelante y hacia arriba hasta que podamos sentir el gozo inefable y glorioso (I Pedro 1:4-9). Vivimos en un mundo lleno de problemas, sufrimientos y tristezas, bajo el cual gime. Nosotros que estamos llenos del poder del Espíritu de Dios, en esta vida mortal tenemos que compartir sus gemidos, mas nuestro gemir es de esperanza. El gemir de los no salvos es sin esperanza a menos que se tornen al Señor Jesucristo. Nuestra esperanza está en Su promesa de vida eterna en la resurrección, por la cual pacientemente y fielmente esperamos. Dios nos ha dado esta esperanza con absoluta garantía (Hebreos 6:13-20).

Pablo ha dado la revelación de Dios sobre la resurrección de los santos de Dios llenos del Espíritu Santo:

“Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder de/ pecado, la ley. Mas, gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (I Corintios 15:50-58).

Los versículos 26-27 nos recuerdan que somos completamente dependientes del Espíritu de Dios. No podemos orar eficazmente, excepto que Su Espíritu se mueva en nosotros. El tiene que poner la

carga de necesidad en nuestros corazones e inspirar nuestra fe para creer. No podemos ver los corazones de la gente para saber su necesidad; pero Dios sí. Su Espíritu nos inspirará para orar por aquello que es más necesario, y aquello que se encuentra de acuerdo con Su voluntad y plan.

Los versículos 28-34 hablan de la confianza que podemos sentir acerca del plan de salvación de Dios. Es un gran aliento saber que El hará que todas, las cosas obren bien para nuestra salud espiritual, el cual es Su propósito para nuestras vidas. Su misericordia, justicia y amor son revelados en el hecho de que él predestinó nuestra salvación desde antes de la fundación del mundo (Efesios 1:4-12). Dios, conocedor de que el hombre caería, proveyó para su salvación antes de su creación. Dios no predestinó el destino de las personas, como algunos han tratado de interpretar las Escrituras. El ha creado al hombre con libre albedrío para hacer y elegir por sí mismo. El predestinó la verida de Jesucristo al mundo para morir por todos, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. El versículo 30 cubre toda la amplitud de la salvación del plan de Dios, preordenado para la redención en Cristo, hasta Su estado glorificado en el cielo: El plan preordenado de Dios para la redención del hombre, su llamado y justificación en Cristo, y su glorificación en el cielo.

La voluntad y, propósito soberano de Dios para cada hombre es que éste pueda ser salvo (1 Timoteo 2:4). El crea situaciones que serán conducentes para su aceptación de Cristo, y entonces les atrae por su Espíritu. Después que son salvos, él les guía de la mejor forma para su bienestar espiritual. Cuando Dios está con el hombre, ninguna circunstancia puede obrar satisfactoriamente en contra de él, hasta tanto que él siga la dirección del Señor. El diablo es el acusador del pueblo de Dios (Apocal ípsis 12:10) así como era en el tiempo de Job. Mas él no puede hacer acusación alguna contra aquellos que están en Cristo, porque Jesús pagó nuestra deuda del pecado. Vamos a confiar implícitamente en nuestro sabio y amante Salvador, cuyo propósito divino es para nuestro bien. El hace que todas las cosas rios ayuden a bien, porque él sabe lo que es bueno para nosotros. No podemos entender ésto siempre, porque no siempre sabemos lo que es lo mejor para nuestro propio bien. Tenemos esta seguridad consoladora que Jesús, quién compró nuestra salvación con Su propia sangre, nos guiará siempre y nos protegerá de toda maldad, hasta tanto que confiemos y obedezcamos.

Romanos 8:35-39 habla del gran poder del amor de Dios en los corazones de sus santos; cuando se percatan enteramente de las

grandes cosas que él ha hecho por ellos. Mas la realización de la grandeza de la salvación sólo puede llegarnos por medio del amor que El derramó en nuestros corazones por él Espíritu Santo (Romanos 5:5). Mientras éramos aún pecadores, El nos amó lo suficiente como para morir por nosotros, para que pudiésemos alcanzar la salvación (Romanos 5:8). Ahora le amamos porque El primero nos amó y nos dio su amor, con el cual le amamos a El. De seguro ninguna tribulación de esta vida sería lo suficientemente violenta para separarnos de nuestro Señor si le amamos como debemos. Pablo padeció por el Señor más de la mayoría de nosotros, mas Su sufrimiento no era tribulación para sus pecados pasados. Habría sido imposible para él cumplir el llamado del Señor para llevar su evangelio a los gentiles, reyes, y la gente de Israel, sin enfrentar la gran oposición y persecución. También debemos estar dispuestos a enfrentar cualquier cosa en la tarea del servicio de nuestro maravilloso Señor Pablo aceptó su llamado con un corazón agradecido y probó ser más que vencedor.

Pablo habría seguido a Jesús a cualquier lugar y habría enfrentado cualquier situación por el amor de su Salvador. Aquellos que se encuentran ligados al Señor por su gran amor, sobrellevarán libremente toda forma de persecución, aún hasta la muerte de martirio. La oposición del enemigo únicamente debe acercarnos más al Señor. Los enemigos del evangelio no pueden apagar el fuego aun cuando pelean en su contra. En vez de extinguir el fuego del Espíritu Santo, la persecución sólo contribuye a esparcirlo (Hechos 8:4). Nada sino nuestro propio descuido e indiferencia nos puede separar del amor de Cristo. Lo más importante en nuestra vida cristiana es ser diligentes para mantener nuestro primer amor (Apocalipsis 2:2-5; II Pedro 1:3-10).

CAPITULO III

EL PASADO, PRESENTE Y FUTURO DE ISRAEL

ROMANOS 9

Había muchos judíos, así como también gentiles en Roma y Pablo escribió los, capítulos 9, 10 y 11 especialmente para ellos. En el capítulo 9, trató principalmente acerca de la historia del pasado de Israel. En los versículos 1-3, introdujo el tema de Israel al revelar su propio sentimiento por los judíos, que eran sus parientes. El también era judío. Sentía gran pesar porque, como una nación, no había aceptado a Jesús. De seguro él fue movido por el Espíritu de Cristo en su declaración de que él habría deseado ser anatema si tal cosa significara su salvación. De seguro, nadie sino Jesús podía morir por los pecados de otro.

En los versículos 4 y 5 recordó a estos israelitas de los privilegios dados por Dios, que el pueblo de Israel había disfrutado en su historia pasada. Dios había llamado a Abraham de su pueblo para hacer de sus descendientes una gran nación, de la cual saldría Uno por quien todas las naciones habrían de ser bendecidas. Este fue Jesucristo (Gálatas 3:16). Dios había librado a Israel de la esclavitud egipcia, les había dado la ley de Moisés, había hecho un pacto con ellos y los había oído a la tierra prometida. No se dieron cuenta, mas su mayor bendición consistió en el privilegio de dar (engendrar) a Cristo, el Salvador del mundo.

El evangelio de Jesucristo había surtido efecto entre ellos (Romanos 9:6). Muchos judíos habían aceptado a Jesús. Prácticamente todos los (le la iglesia primitiva eran judíos, pero sus líderes religiosos no aceptaron a Jesús. En los versículos 7-9, Pablo enseñó del significado espiritual del cuidado con que Dios había escogido los progenitores de la nación de Israel. No todo hijo de Abraham podía calificar Esta nación, que tenía que ser tan importante para el plan de Dios, tenía que venir de Isaac, el hijo de la promesa ordenado

por Dios. Tampoco podía calificar cualquier hijo de Isaac para perpetuar esta nación, sino que tenía que venir de Jacob, el hijo de la fe. Esto significa que los verdaderos hijos de Dios tenían que ser aquellos de la fe en vez de aquellos de la mera generación natural (Gálatas 4:22-31).

En Romanos 9:10-24, Pablo enseñó acerca de la justicia de los actos soberanos de Dios. A pesar de que Dios es soberano, es absolutamente justo y recto en todos sus actos. No tenemos el derecho para cuestionar la justicia o la rectitud de cualquiera de sus hechos, aunque no lo entendamos. Dios fue absolutamente justo y sabio en su elección de Jacob antes que a Esaú, antes de nacer, para encabezar la nación de Israel. El sabía que Jacob valoraría la primogenitura, mientras que Esaú la despreciaría (Génesis 25:21-34). Con todo, les dio a ambos, a Jacob y Esaú, la oportunidad de probar sus actitudes. El mismo principio fue implicado cuando Dios trató con Faraón. Dios no endureció el corazón del Faraón en contra de los judíos, sino que, sabiendo cual sería su actitud, le permitió llegar a ser Faraón de Egipto en este tiempo, de manera que El pudiera usar su dureza de corazón para mostrar Su poder al liberar a Su pueblo.

Dios no hace a algunas personas buenas y a otras malas. Todo hombre ha heredado de Adán una tendencia hacia el mal. Algunos, por fe, escogen ser liberados del mal mientras que otros escogen seguir a sus propios deseos carnales. Dios, que es omnipotente, sabe de antemano lo que cada uno eligirá. De ahí que sus actos en cada situación son planeados antes de su tiempo. La eternidad es ahora un presente continuo para con nuestro Dios eterno, quien sabe el final desde el principio. El es ambas cosas, justo y misericordioso, al aceptar en Su reino a todo aquel que viene a El por fe.

Romanos 9:25, 26 se refiere a una profecía en Oseas 2:23, que evidentemente se refirió a los gentiles viniendo a Jesús bajo el Nuevo Pacto. La profecía de Oseas era sobre el Israel apóstata, siendo entregado en cautiverio por Babilonia hasta que se arrepintieran. Mientras el pueblo de Israel estaba en Asiria y Babilonia en cautividad, muchos de ellos se volvieron a Jehová y se convirtieron en un testimonio para los paganos que les gobernaban. Muchos paganos llegaron a creer en Jehová Dios y se convirtieron en prosélitos de la religión judía. A los judíos, después que fueron sometidos bajo el régimen de los persas, se les permitió regresar a su tierra (Oseas 2:14-17). Oseas 2:19-22 se refiere evidentemente a los judíos viniendo a Cristo bajo el Nuevo Pacto, y Oseas 2:23 se refiere a la venida de los gentiles a Cristo bajo el Nuevo Pacto.

Romanos 9:27-29 se refirió a la profecía de Isaías del remanente

de Israel viniendo a Dios en Cristo (Isaías 10:21-22). Isaías también profetizó que siempre había existido un remanente de fe entre los israelitas (Isaías 1:9). Fue este remanente el que aceptó al Señor Jesucristo y recibió el Espíritu Santo, mas sus líderes, los oficiales de su gobierno religioso, no le aceptaron.

Romanos 9:30-33 explica por qué los líderes de los judíos rechazaron a Jesús, mientras que muchos gentiles le aceptaron bajo el ministerio del Apóstol Pablo y la iglesia primitiva. Los judíos estaban empapados de la creencia de que tenían que salvarse a sí mismo por guardar la ley ceremonial de Moisés. Parecían esperar al Mesías únicamente para liberarlos del régimen gentil y retornarles su reino. Jesús era una piedra de tropiezo para ellos porque ellos no deseaban renunciar a su manera de salvación por la ley de Moisés, la cual no tenía ya efecto a causa del Nuevo Pacto de gracia en Jesucristo.

En el tiempo que Jesús vino a la tierra, muchos gentiles habían llegado a creer en Jehová por sus milagros operados en la vidas de los judíos fieles en la cautividad: Daniel y sus compañeros, Ezequiel, y otros. Más tarde, muchos llegaron a creer por medio de los milagros de Jesús durante su ministerio terrenal. Estaban listos para recibir la justicia por la fe mediante el evangelio de Jesucristo. Cristo es el fin de la ley para justicia. Su justicia es dada ahora a todo aquel que crea en él (Romanos 10:4).

Los líderes religiosos de los judíos cumplieron la profecía en su rechazo a Jesús como su Mesías, que Isaías había profetizado:

“Entonces él será por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, y por tropezadero para caer, y por lazo y por red al morador de Jerusalén. Y muchos tropezarán entre ellos, y caerán, y serán quebrantados; y se enredarán y serán apresados” (Isaías 8:14, 15).

Verdaderamente, Jesús se convirtió en un santuario, un lugar santo, y refugio contra el mal y la vileza (Isaías 32:1-4), para todo aquel que le recibió. Pero aquellos judíos que rehusaron apartarse de las tradiciones de sus ancianos y sus presentes posiciones de autoridad y honor en religión, su Roca de los siglos vino a ser piedra para tropezar. No deseaban asociar a Jesús con el Jehová, que había salvado a sus antepasados en el desierto, dándoles agua de la roca (Deuteronomio 8:15-17). Pablo dijo que la roca era Cristo (I Corintios 10:1-4). Dios era la fuente del agua que fluía de la roca en el desierto (Deuteronomio 32:2,4), y Jesús es la fuente del agua de vida (Juan 4:13,14; 7:37-39).

Para aquellos, que creen, él es precioso; mas para aquellos que en desobediencia tropiezan a la palabra del Señor, él que es la roca

cabeza del ángulo del reino de Dios, es hecha piedra de tropiezo y una roca que hace caer (I Pedro 2:7-8; Salmos 118:22). Los judíos rechazaron a su Dios porque no le reconocieron en Jesús.

Alrededor de cuarenta años después que los judíos habían rechazado a su Mesías, el general romano Tito tomó la ciudad de Jerusalén, destruyó su hermoso templo, y fueron forzados a escapar por sus vidas. Más de un millón, se dijo, habían perecido en el cerco terrible, y muchos miles fueron vendidos en esclavitud (La Enciclopedia de Grolier, volumen 10, página 156). Indudablemente Jesús se preocupó por todos aquellos que le servían. El les había dicho que esto ocurriría y les dijo lo que debían hacer (Mateo 24:1-4, 15-22).

ROMANOS 10

El capítulo 10 trata principalmente con el estado presente de Israel en la era de la Iglesia. Pablo introdujo este capítulo al expresar una vez más el deseo de su corazón para la salvación de Israel. Muchos miles de judíos estaban ya en la Iglesia de Jesucristo, mas Pablo hablaba de aquellos que, igual que sus líderes, habían rechazado al Señor Jesús (versículos 1-3). Tenían un celo por Dios, pero no de acuerdo al conocimiento. Cristo es la sabiduría y el poder de Dios (I Corintios 1:24). Pablo dijo que si los príncipes de este mundo, incluyendo a los líderes de los judíos, hubiesen conocido esta sabiduría, no habrían crucificado al Señor de gloria (I Corintios 2:8). En incredulidad, trataron de establecer su propia justicia mediante la ley y rehusaron someterse al perfecto plan de Dios de justicia (Romanos 5:17,18).

Cuando Jesús ascendió al cielo y derramó su Espíritu Santo en el día de Pentecostés, la ley fue cumplida (terminada) (Romanos 10:4) y Su Nuevo Pacto de gracia entró en vigencia (Hebreos 8:6-13; 13:20,21). El único beneficio espiritual en la ley de Moisés estaba en su intento de frenar el pecado. Se podía ser justificado por la ley únicamente al guardarla toda desde la tilde hasta la jota (versículo 5; Santiago 2:10; Mateo 5:18), y nadie jamás lo hizo. La ley no hizo nada perfecto, sino el advenimiento de una esperanza mejor, por la cual nos acercamos a Dios (Hebreos 7:19). Fue cumplida mediante el Nuevo Pacto del amor de Dios siendo derramado en los corazones de sus hijos en el Espíritu Santo (Romanos 5:5; 13:8-10). La misericordia de Dios se extendió a través de las edades para Israel en su sistema de sacrificios, que aplazaron su juicio hasta la venida de Cristo. Así que Su misericordia abundante fue cumplida en Jesús (Efesios 2:4-6; 1 Pedro 1:3, 4; Hebreos 4:16).

En Romanos 10:6 y 7, Pablo habló del plan de Dios para la redención del hombre en Jesucristo. Probablemente se refirió a Deuteronomio 30:12, en el cual Moisés dijo al pueblo de Israel que el mandamiento del Señor no era algo fuera de su alcance o conocimiento. Les había dado claramente los mandamientos de Dios. Si obedecían a sus mandamientos, serían bendecidos con la salvación y la prosperidad. Mas, si rehusaran obedecer, no prolongarían sus días sobre la tierra sino que perecerían ciertamente (Deuteronomio 19:11-20). Esta parecía ser la actitud de muchos judíos en el tiempo de Pablo. Querían salvarse a sí mismo mediante la ley, a su manera. No podían ascender al cielo para traer a Jesús a la tierra, ni ir al Hades para levantar a Jesús de los muertos. Sólo Dios podía efectuar la salvación para el hombre. Había traído a Jesús a la tierra para morir por el hombre, al hacer sombra sobre la virgen María, y le había levantado ya de la muerte y el Hades (Apocalipsis 1:18). El plan de Dios- para la salvación, la cual forjó en Jesucristo, es el único medio de salvación para la humanidad. La justicia de Dios, que se obtiene para justificación, se alcanza sólo por la fe en la muerte, sepultura y resurrección de Jesús. Este es el evangelio de nuestra salvación (Romanos 1:16,17).

El precepto de, Dios para la fe que salva se encuentra bosquejado en los Romanos 10:8-10. La fe que salva es mucho más que una aceptación mental de Jesús como Hijo de Dios. Aquel que viene a Jesús tendrá que confesar con su boca y creer en su corazón la verdad completa de la venida de Jesús en carne para morir por los pecados del hombre (Hebreos 2:14-18); de su resurrección de entre los muertos, y su ascensión al cielo para darle al hombre vida eterna. Tiene que creer hasta obedecer el evangelio completo de Jesucristo, el cual le traerá la justicia de Dios (versículo 10). Aquel que viene a Dios con tal fe, nunca tendrá necesidad de ser avergonzado, porque Dios nunca le defraudará. Nunca será decepcionado .en su esperanza, ni avergonzado por su confianza (versículo 11). Nuestro gran Dios omnipotente ha provisto esta vida abundante (Juan 10:10) para toda la gente del mundo, gentiles así como judíos. Es para todo aquel que invocare el nombre del Señor en fe (versículos 12 y 13).

Romanos 10:14-17, nos enseña el propósito y la importancia de la predicación del evangelio de Jesucristo. Para ser salvo, hay que invocar el nombre del Señor, mas no le invocará hasta que crea en él. No se puede creer en aquel de quien no se ha oído, y no se puede oír hasta que alguien le traiga las Buenas Nuevas del Evangelio de Jesucristo. Pablo mostró claramente que nadie puede predicar con éxito el mensaje de Dios para salvación hasta que haya sido salvo él

mismo, llamado y enviado por el Espíritu Santo. Pablo mismo no intentaría a predicar el evangelio con palabras seductoras de la sabiduría del hombre, mas sólo por la unción del Espíritu Santo y la demostración del poder de Dios (I Corintios 2:1-5). Esto era importante, de manera que la fe del hombre fuera establecida en el poder de Dios. La fe viene por el oír la Palabra de Dios predicada con sinceridad y con el poder del Espíritu Santo (I Corintios 1:17,18). Pablo dijo: “Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (I Corintios 1:21).

Este pasaje de la Escritura enfatiza la responsabilidad del ministerio y de la iglesia para predicar el evangelio a todo el mundo. Jesús dijo: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14). Todo siervo de Dios debe sentir la carga y un sentido de deuda para llevar el evangelio al mundo, así como hizo Pablo (Romanos 1:14,15). No todos podemos predicar el evangelio, pero podemos orar y ayudar a mantener a aquellos que son llamados para predicar el evangelio en los diversos campos del mundo. De muchas maneras podemos ayudar a cumplir la responsabilidad más importante. Toda congregación de la Iglesia de Jesucristo debe ser una asamblea orientada a la misión.

Juan, en la Isla de Patmos, tenía una visión muy maravillosa e importante del Señor y su iglesia (Apocalipsis 1:9-18). Él vio al Señor en toda su gloria resplandeciente en medio de los siete candeleros de oro. Tenía en su mano derecha siete estrellas y una espada aguda de dos filos que salía de su boca. El valor del significado de esta visión es inmensurable. Los siete candeleros de oro (una lámpara con siete candeleros, alimentada con el aceite de su depósito) iluminaba el lugar santo del templo. Esto era un tipo de la Iglesia de Jesucristo, que es la luz del mundo (Mateo 5:14-16). Jesús, la luz de la vida (Juan 1:4) da luz mediante su Iglesia al mundo. El Señor interpretó el significado de las siete estrellas y de los siete candeleros de oro: Las siete estrellas eran los ángeles, o mensajeros de las siete Iglesias, y los siete candeleros eran las siete Iglesias. El significado del número siete en las Escrituras proféticas es la parte entera o completa de algo. Los siete candeleros de oro representaban a la Iglesia completa de Dios. Las siete estrellas tipificaban el número completo de aquellos a los que él ha llamado y ungido como sus mensajeros para predicar Su Palabra, que era representada por la espada aguda en su boca. El mensaje de esta visión es: La luz de la vida en el Espíritu Santo resplandeciendo mediante su Iglesia en el mundo; sus ministros o mensajeros asidos

en su mano derecha para proclamar, no sus propias ideas o preceptos de hombres, sino la Palabra de Dios. Sus obras y sus mensajes tienen que ser del Espíritu Santo (I Corintios 2:1-5).

El Apóstol Pablo es un ejemplo fiel para todos los santos de Dios y para todos los ministros de su evangelio. Él en su vida se dio completamente a sí mismo a la tarea de alcanzar a tantos como fuera posible con el evangelio. Predicó el evangelio hasta el extremo que sintió que si estaba oculto para alguien era porque había, en su incredulidad, cerrado su mente a la luz gloriosa de su mensaje (11 Corintios 4:1-5). El Señor ha dado el ministerio de la reconciliación a todo miembro del cuerpo de Cristo. Ha llamado a cada uno para ser su embajador, para representarle en este mundo (11 Corintios 5:17-20). Nos ha dado esta luz gloriosa de vida en su Espíritu Santo para que alumbre a otros (Mateo 5:14).

Israel no tuvo excusa por la ignorancia de rechazar a Jesús como el Cristo (Romanos 10:18-21). Su nacimiento, ministerio, muerte y resurrección están detallados en las profecías del Antiguo Testamento.

En el rollo del Libro (La Biblia) está escrito de aquel que vendría para hacer la voluntad de Dios en la salvación del mundo (Salmos 40:5-10; Hebreos 10:5-10). Si los judíos hubieran buscado la verdad con sinceridad, habrían aprendido de la profecía del Antiguo Testamento, que Jesús, cumplió todas las profecías mesiánicas (Juan 5:39). No tenían excusa, por ignorancia, concierne a la aceptación por parte de Dios de los gentiles. Debían haber sabido aún de Moisés (Deuteronomio 32:21), así como también de los profetas (Isaías 65:1-5; Hechos 13:38-45), que el plan de Dios para salvar al hombre incluía a los gentiles. La profecía también revela que los gentiles le aceptarían pero que los judíos, como nación, no.

ROMANOS 11

En los versículos 1-10, Pablo continuó el tema del estado de Israel durante la época de la Iglesia. Dios no había desechado a los judíos sino que había venido a ellos en Jesús, con su Nuevo Pacto de Gracia para reemplazar el pacto de la ley Israel, como nación, había rechazado a Dios en Jesús. Pablo podía afirmar esto porque él también era un israelita. Usó el ejemplo del disgusto de Elías cuando escapó de la trampa de Jezabel. Pensaba que era el único que quedaba en la tierra que no había adorado a Baal; mas Dios le dijo al profeta que Él tenía siete mil en Israel que habían guardado su fe en Él (I Reyes 19:14-18). Pablo sabía que había muchos miles de judíos en ese entonces que estaban sirviendo al Señor Jesús

(Romanos 11:2-6), así como sabemos que hay muchos judíos esparcidos en las naciones del mundo hoy, que están sirviendo al Señor Jesucristo. Israel, como nación, le considera todavía como un impostor; mas la Escritura muestra que finalmente le recibirán como su Señor y Dios.

El plan preordenado de Dios para la redención en Cristo para todos los hombres no había cambiado, sino que había progresado a través de la historia del Antiguo Testamento de la raza humana. Desde Adán hasta Abraham trató con el pueblo como individuos, buscando guiarles a la fe del único, verdadero y viviente Dios. Después del diluvio, cuando prácticamente toda la gente se había convertido en idólatra, llamó a Abraham, un hombre de fe en Dios, de entre su pueblo, para que por medio de su posteridad, preservara la fe en el único Dios verdadero y viviente. La familia de Jacob (el nieto de Abraham), se fue a Egipto después que José, que había sido vendido por sus hermanos como un esclavo se convirtió en gobernador de Egipto. Durante los cuatrocientos años que estuvieron en Egipto, crecieron en gran multitud y llegaron a ser esclavos de los egipcios. Dios entonces llamó a Moisés para libertarlos de la esclavitud egipcia, y darles su pacto de ley para gobernarles como su nación. -

Fueron llamados "Los Hijos de Israel," a causa de que habían salido de los doce hijos de Jacob, el nombre del cual fue cambiado por Israel (Génesis 32:24-30). Dios creó esta nación natural para tipificar y guiar al advenimiento de su nación espiritual en Jesucristo. Este fue el propósito eterno de Dios desde antes de la fundación del mundo (Efesios 1:3-7).

Quizás la disuasión principal de la fe de aquellos judíos que rechazaron a Jesús como su Mesías fue su anhelo grandioso y la expectación del retorno a su reino natural en toda la gloria del reinado de David. El deseo de Israel para la prosperidad y la gloria natural los había cegado para el aspecto espiritual de las promesas de Dios. Si hubieran podido mirar más allá de este aspecto natural, ellos, igual que Abraham, hubieran podido ver esa ciudad hermosa cuyo constructor y hacedor es Dios (Hebreos 11:8-10). Todo Israel esperaba que él les restaurase su reino. Aun los discípulos, los cuales fueron convencidos de que Jesús era el Cristo, esperaban que el restaurara el reino (Hechos 1:4-8). Después que recibieron el Espíritu Santo, entonces entendieron que él había establecido su reino espiritual.

Aquellos judíos que rechazaron a Jesús se convirtieron en ciegos espirituales a causa de su incredulidad y odio hacia Jesús (Romanos 11:7-10). Nunca encontraron lo que buscaban: Una restauración

de su reino. Desde 1948, los judíos han estado en su tierra y han sido reconocidos como una nación; mas no han encontrado la gloria que buscaban. E] velo está puesto sobre el corazón de ellos y se quedará hasta que acepten a Jesús como su Señor y Rey (11 Corintios 3:14-16). “Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios; le hemos esperado, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación (Isaías 25:9).

ROMANOS 11:11-36

Romanos 11:11-36 enseña acerca de la reunión futura de Israel. Los versículos 11 y 12 indican que muchos judíos rechazaron el evangelio de Jesucristo porque fue predicado a los gentiles, muchos de los cuales aceptaron a Jesús (Hechos 13:42-45). Los judíos se sentían superiores a los gentiles y no estaban dispuestos a ser clasificados juntos con ellos de ninguna manera. Se pusieron en contra de Pablo, el Apóstol especial para los gentiles, porque invitaba a los paganos al reino de Dios.

Dios no rechazó a los judíos, simplemente les puso al mismo nivel de los gentiles (Efesios 2:14-22), una posición que rehusaron aceptar. El reino de Dios permanece abierto aún para los judíos así como para toda la gente del mundo, mas sus mentes han sido vendadas a causa de su orgullo e incredulidad obstinada. Sin embargo, muchas profecías del Antiguo Testamento, así como también este capítulo en el Nuevo Testamento, predijeron acerca de un día cuando Israel, como una nación, aceptará al Señor Jesucristo como su Mesías prometido. Bajo el Nuevo Pacto serán entonces sellados con el Espíritu Santo, así como lo han sido todos los que han venido a él (Efesios 1:13,14).

Pienso que Romanos 11: 13-16 alcanza a los santos de Dios en el Antiguo Testamento en el reino de Israel. Sólo tenemos que leer el capítulo once de Hebreos para dar un vistazo a muchos fieles en Israel. No tuvieron la experiencia de vida nueva como hoy la tenemos, porque Jesús no había venido aún para proveerla. Mas el Apóstol Pablo escribió acerca de algunos que pasaron gran tribulación en su amor a Dios y fidelidad a él (Hebreos 11:35-37). El dijo de ellos: “De los cuales el mundo no era digno . . .” (Hebreos 11:38). Su fe les fue contada por justicia, de la misma manera que fue con Abraham (Génesis 15:6; Romanos 4:3). Recibieron un buen testimonio mediante la fe, sin embargo, no recibieron la promesa del Espíritu Santo del Nuevo Testamento. La venida de Cristo fue necesaria para perfeccionarles (Hebreos 11:39, 40). Estas eran las

primicias y la masa santa del reino natural de Dios, el cual condujo al advenimiento de su reino espiritual y eterna. A causa de que fue principalmente la clase dirigente de Israel la que rechazó a su Dios cuando fue manifestado en Jesús, fue la clase dirigente, representado a la nación de Israel, la que fue cortada como pueblo de Dios. El Día de Pentecostés marcó el final del reino natural de Dios y el nacimiento del espiritual, que abraza a aquellos de la fe de toda raza y nación del mundo. Esta fue esa gran oportunidad de la que tantos gentiles han sacado provecho desde entonces.

En los Romanos 11:17-24, Pablo usó el ejemplo del tronco de un árbol, del cual algunas ramas fueron quebradas y otras ramas de otro árbol fueron injertadas en el tronco. De esto él explicó la transición del reino natural al reino espiritual, para aconsejar a los gentiles en contra de llegar a enorgullecerse y justificarse como hicieron los judíos.

El plan de salvación de Dios para los hombres, el cual preordenó antes de la fundación del mundo, nunca ha cambiado, sino que ha progresado a través de la historia de la raza humana. La promesa de Dios a Abraham para hacer de sus descendientes una nación grande, por la cual Cristo debía venir al mundo, fue el primer paso de su plan para un reino espiritual que prepararía su pueblo para el cielo. Empezó con el reino natural como un tipo de su reino espiritual que venía. El reino natural produjo a Cristo, y Cristo, mediante la redención, creó su reino espiritual por el nuevo nacimiento en su Espíritu. "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu" (I Corintios 12:13). En su justificación orgullosa, los judíos no reconocieron a su Dios en Jesús (I Corintios 2:8). Dios no reconoció ya más a su nación como su pueblo, pero podían entrar a su reino espiritual si habían creído. Desde el día de Pentecostés, los judíos de todas las eras y de todas las partes del mundo han tenido el mismo privilegio como toda la demás gente para escuchar y aceptar el evangelio de Jesucristo, y muchos lo han hecho. Los gentiles, que no pudieron tener parte en la nación de Israel excepto al convertirse prosélitos a su religión, aceptaron a Jesús ahora y nacieron de Su Espíritu en Su reino espiritual (Lucas 17:20, 21; Juan 18:36; Romanos 14:17).

En Romanos 11:25-32, Pablo advirtió a los gentiles en contra de llegar a justificarse a sí mismos en sus bendiciones. Dijo a los santos romanos que la ceguera espiritual había venido a la nación de Israel. Mas cuando la plenitud de los gentiles haya venido, Israel aceptaría también a Jesús y sería salvo. La invitación del evangelio ha sido ofrecida a los judíos de igual forma como ha sido a los gentiles, y

muchos le han aceptado en cada generación desde el tiempo de Cristo. Sin embargo, todo aquel que ha continuado asido del antiguo pacto de la ley de Moisés, ha continuado en ceguera.

Pablo sabía por medio de las profecías del Antiguo Testamento que Dios había planeado un tiempo y un medio de convencer a Israel de Su propia identidad. Quizás todos los cristianos pentcostales saben que en los últimos días habrá la batalla de Armagedón. Los ejércitos de las naciones del mundo habrán de convertirse en aliados bajo el régimen del “hombre de pecado,” el anticristo. Marcharán contra los judíos en Jerusalén con la esperanza de destruirlos. Mas, Dios tiene otros planes para los judíos. El permitirá a propósito que este gran ejército marche contra ellos, de manera que El pueda mostrar Su inmenso poder, tanto a este ejército como a los judíos. El vendrá y peleará milagrosamente contra este ejército en defensa de Israel, así como había peleado tantas batallas victoriosas por ellos en los días del Antiguo Testamento (Zacarías 14:1-9). Cuando el Señor libre a los judíos en aquel tiempo, le reconocerán como Jesucristo a quien sus padres habían rechazado. Isaías nos ha dado una visión de la capitulación de Israel al Señor en el tiempo de su gran liberación de sus enemigos.

“Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de? toda la tierra; porque Jehová lo ha dicho. Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Isaías 25:8-9).

Israel no puede venir a Dios bajo el pacto antiguo de Moisés. Fue cumplido por Jesucristo y terminado. Cuando acepten a Jesús, lo harán bajo el nuevo pacto de Gracia. Nacerán de nuevo por Su Espíritu, por medio del cual vendrán a ser una parte del cuerpo de Cristo, la Iglesia (Efesios 1:9, 10; 3:3-6; Hebreos 8:6-13; 13:20).

Los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables (Romanos 11:29). Dios nunca cambia. El es el mismo ayer, hoy, y para siempre (Hebreos 13:8). Su voluntad nunca cambia y su plan eterno no puede fracasar. El nos ha dado, a los herederos de su promesa, una seguridad absoluta de su cumplimiento en esas dos cosas inmutables (incambiables), en las cuales es imposible que Dios mienta: Su promesa y juramento (Hebreos 6:13-20). Nosotros, como individuos, podemos fracasar, mas si le somos fieles a él, será fiel para con nosotros.

Como el alcance de nuestra visión se amplía para ver más del plan completo de Dios, empezamos a entender un poco de las

riquezas de su gran sabiduría, conocimiento, misericordia y poder hacia la humanidad (versículos 33-36). No podemos por el entendimiento humano, investigar la gran sabiduría y poder de Dios, ni sus caminos. No podemos merecer la maravillosa gracia. Mas, en el Espíritu de Cristo somos transformados por la renovación de nuestra mente, de manera que podamos entender algo de las cosas gloriosas que El ha hecho para nosotros (Romanos 12:1, 2; 1 Corintios 2:9-16). El ojo natural no puede ver; el oído no puede oír, ni tampoco puede el corazón entender las cosas que Dios ha preparado para aquellos que le aman, mas El nos las revela, en parte, por Su Espíritu (1 Corintios 13:12).

CAPITULO IV

EL FRUTO DE LA SALVACION

ROMANOS 12

En los primeros ocho capítulos de Romanos, hemos estudiado la necesidad y el medio de salvación. Ahora, en los últimos 5 capítulos, estudiaremos el fruto de la salvación en la vida del cristiano. Hasta tanto estemos en este mundo, somos aún mortales, a pesar de que hemos nacido de nuevo del Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios en nosotros da gracia y poder para resistir las tendencias naturales de la naturaleza carnal. Sin embargo, tenemos que cultivar y usar lo que él nos ha dado, o seremos vencidos por la carne. Tenemos que cultivar el don de Dios por medio de la oración continua, alabanza y consagración.

El Apóstol Pablo, que llevó una carga por todas las iglesias (11 Corintios 11:28), imploró encarecidamente a estos cristianos romanos a que presentasen sus cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que no era más que su culto racional (Romanos 12:1). Tanto los judíos como los gentiles habían estado familiarizados con el ofrecimiento de sacrificios. Esto era una práctica común en la religión de los judíos y también en la alabanza de los gentiles a los ídolos. Los sacrificios sinceros de los judíos les *traían* al favor de Jehová. Los gentiles ofrecían sacrificios para ganar el favor de sus dioses. Estos cristianos judíos y gentiles habían creído y aceptado el sacrificio que Jesús hizo por sus pecados. Ahora aprendían que habían sacrificios que ellos tenían que hacer Jesús se había ofrecido por ellos para darles vida eterna. Ahora ellos tenían que ofrecerse a sí mismos a El en alabanza y servicio.

La tarea principal de los sacerdotes según el orden de Aarón en el Antiguo Testamento era ofrecer sacrificios por ellos mismos y por el pueblo. La gente traía sus sacrificios de animales a los sacerdotes, quienes los ofrecían para expiar sus pecados. Los sacerdotes según el orden de Aarón, como mediadores, representaban al pueblo ante Dios; y a Dios ante el pueblo. Dios prometió que si el pueblo de Israel

mantenía su pacto y obedecía su Palabra, El haría de ellos su especial tesoro, una nación santa, y un reino de sacerdotes, en donde toda la gente sería sacerdote (Exodo 19:5, 6). Ellos prometieron hacerlo así, pero nunca alcanzaron la medida de Dios. Consecuentemente, sólo los descendientes de Aarón fueron promovidos para el sacerdocio. Ahora, bajo el Nuevo Pacto, el Señor, mediante el poder del Espíritu Santo, ha hecho de su pueblo un linaje escogido, un sacerdocio real (un reino de sacerdotes), una nación santa y un pueblo adquirido, diferente del mundo, de manera que muestren las virtudes de aquel que les ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa (1 Pedro 2:9). Los santos de Dios llenos del Espíritu son sus sacerdotes para representarle en el mundo. Sólo pueden hacer ésto al presentar sus cuerpos como un sacrificio vivo y santo, de manera que ellos puedan representar su gloria y santidad al mundo. Los sacrificios que son ofrecidos por los sacerdotes de Dios del nuevo pacto son ellos mismos, sus cuerpos y espíritus para glorificarle, que es el sacrificio continuo de alabanza a El, y el sacrificio de compartir lo que tenemos con otros (Hebreos 13:15,16; 1 Pedro 2:5).

Los santos de Dios llenos del Espíritu se convierten en habitación de Dios (1 Corintios 3:16; 6:19,20; Efesios 2:9-22). Hemos sido comprados con la sangre de Jesús y le pertenecemos, alma, espíritu y cuerpo. No tenemos ya más el derecho de hacer nuestra propia voluntad. Estamos santificados al Señor para agradarle. La cristiandad no es una vida adyacente. Es la vocación principal de cada cristiano (Efesios 4:1; Colosenses 1:10; 1 Tesalonicenses 2:10-12).

En Romanos 12:2, Pablo amonestó a los santos en contra de conformarse con las cosas de este mundo. Habían sido transformados por la renovación de sus mentes, y tenían que continuar en este estado espiritual, mediante el cual serían guiados a la buena, aceptable y perfecta voluntad de Dios. El conformarse a las modas y prácticas de este mundo es ser guiado por la mente carnal, que es la muerte espiritual. Si somos guiados por el Espíritu de Dios, nunca tendremos ningún pesar.

En los versículos 3-8, Pablo instruyó a aquellos que ministraban de alguna manera en la iglesia. Primero trató con el espíritu de aquellos que ministran. No tenían que pensar de sí mismos, a causa de su posición, como estando por encima de otros. Si alguno llega a ser egoísta, y se da crédito a sí mismo por la obra que hace, el Señor no le puede usar. Jesús dijo que aquellos que son pobres en espíritu (humilde) serán benditos (Mateo 5:3). No podemos hacer nada sin él (Juan 15:3-5). Pero los humildes en espíritu pueden decir con Pablo, 'Todo lo puedo en Cristo que me fortalece' (Filipenses 4:13).

El cuerpo humano con todos sus miembros, es usado como una ilustración de la relación que un miembro del cuerpo de Cristo tiene con otro. También ilustra los muchos diferentes ministerios. Todos somos miembros del cuerpo de Cristo, mas no todos servimos iguales, así como tampoco todos los miembros del cuerpo humano tienen la misma función.

El Señor pone los miembros en el cuerpo como El quiere. 1 Corintios 12:12-31 muestra cuán hermosa será realizada toda la obra del Señor cuando cada miembro opere en la función específica del cuerpo para la cual ha sido escogido por el Señor, y la unidad espiritual hermosa del cuerpo cuando cada miembro opere por la dirección del Espíritu Santo. No da celos, contiendas o, egoísmo, sino que cada miembro se goza con todo miembro que es honrado y se compadece con el miembro que padece sufrimiento. Cada miembro es amonestado para que considere con doble honor a aquellos miembros que han sido escogidos para posiciones de lideratos y para laborar en la Palabra y la doctrina (1 Timoteo 5:17).

Hay varios ministerios diferentes mencionados en Romanos 12:6-8. El primero que se menciona es la profecía (profecía del Nuevo Testamento). Los profetas del Antiguo Testamento revelaban eventos futuros generalmente, mas la profecía del Nuevo Testamento se define como hablar al hombre para la edificación, exhortación y consolación de éste (1 Corintios 14:2). Esto es predicar bajo la unción del Espíritu Santo. Al hablar en otras lenguas, el Señor usa la lengua del cristiano para hablar aquello que éste no entiende. Pero en la profecía, el Señor unge la mente del predicador para dar su mensaje, que es tanto un milagro que un mensaje dado en lenguas e interpretado. Pedro habló de tal profecía. El dijo: "Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén" (1 Pedro 4:11). Pablo dijo que se debe profetizar conforme a la medida de la fe. El comentario de Adán Clark da el significado a la medida de la fe, como el plan general y consistente o esquema de doctrinas dadas en las Escrituras. El Espíritu de Dios y Su Palabra concuerdan, porque son uno (1 Juan 5:7). Dios nunca dará un mensaje mediante la profecía o lenguas con interpretación que no esté acorde con Su Palabra revelada en las Escrituras.

Pablo enumeró los ministerios de anunciar o enseñar como lo siguiente: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, y maestros (Efesios 4:11, 12). El amonestó aquí que cada uno debe darse a sí mismo diligentemente al llamado de Dios. Cada llamado es importante para todo el

plan de la obra de Dios. Pedro dio amonestación oportuna para los pastores, aquellos bajo el Gran Pastor de las ovejas (Hebreos 13:20). El enseñó:

“Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (1 Pedro 5:1- 4).

Pablo enseñó acerca de las cualidades morales requeridas a aquellos que deben ser llamados para ministrar la palabra y la doctrina del Señor (1 Timoteo 3:1-9; Tito 1:5-9). Los ministros de Dios son llamados para ser mayordomos de los misterios de Dios (1 Corintios 4:1). Los misterios de Dios son aquellas obras milagrosas de Su evangelio que no pueden ser entendidas por la mente natural sino que tienen que ser reveladas por Su Espíritu (1 Corintios 2:6-14; Efesios 6:19,20; Colosenses 1:27,28; 4:2-4; 1 Timoteo 3:16).

Existen otros ministerios que se ejercen en la Iglesia, tales como: Dar, gobernar (supervisar), mostrar misericordia o administrar ánimo al desanimado, el cual debe ser hecho con alegría. Usando aquello con lo que Dios nos ha bendecido para ayudar a mantener a aquellos que están ministrando la Palabra y la Doctrina de Dios, es un ministerio muy importante. Aquellos que hacen ésto seguramente compartirán en la siega de las almas. Cualquier servicio para el Señor debe ser realizado con diligencia, como para el Señor y no de un motivo egoísta. No debemos nunca considerar un servicio para el Señor como un sacrificio, sino como una oportunidad para manifestar nuestras gracias por sus tantas bendiciones (11 Corintios 9:6-15).

Romanos 12:9-16 nos enseña acerca del espíritu de amor cristiano entre todos los miembros del cuerpo de Cristo. En el versículo 9 se nos dice que este amor tiene que ser real y de corazón, no meramente producido de los labios para fuera, en hipocrecía. Dios es amor, y sólo podemos ser llenos con su amor cuando somos llenos de Su Espíritu (1 Juan 4:7-21). Juan enfatizó el versículo 11, “Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros.” Únicamente podemos amar a Dios y a su pueblo con el amor que El ha puesto en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Si caminamos en Su amor, odiamos el mal y nos

uniremos a aquello que es bueno. El amor de hermandad que Dios pone en los corazones de Sus santos llenos del Espíritu no sólo les hace amables unos a otros, sino que les causará preferirse el uno al otro en honor. El egoísmo es una característica del hombre carnal. Sólo podemos ser abnegados como Cristo, cuando su Espíritu dirige nuestras vidas. Estos versículos son las medidas de Dios, por la que medimos nuestra espiritualidad. Si nos encontramos faltos, debemos orar fervientemente por un bautismo de amor.

No debemos ser apáticos en ninguna tarea en la que estemos envueltos, mas debemos ser extremadamente diligentes, especialmente en nuestras responsabilidades para con la obra del Señor. Nuestro celo mostrará nuestra devoción en servir al Señor.

El versículo 12 muestra el espíritu verdadero de un cristiano. El que ama al Señor con todo su corazón puede regocijarse en la esperanza bajo cualquier situación porque él sabe que el Señor cuidará del resultado. En esta fe, él es paciente en la tribulación. Por supuesto, tal fe demanda y nace de la oración continua y diligente.

Aquellos cuyas vidas son gobernadas por el amor de Dios, son dados a la hospitalidad y a la distribución de (compartiendo para) las necesidades de los santos.

Un cristiano verdadero no toma represalias cuando es perseguido. Jesús dijo que debemos gozarnos y alegrarnos, porque nuestro galardón es grande en los cielos (Mateo 5:10-12).

Por la razón de estar unidos en un cuerpo por el Espíritu de Cristo, nos gozaremos con aquellos que se gozan y lloraremos con los que lloran (1 Corintios 12:25-27). El cuerpo de Cristo está compuesto de todas las personas de las diferentes razas, clases, y personalidades; de manera que los miembros de Su cuerpo deben de tener una mente humilde, dándose cuenta de que en Cristo todos tenemos la misma estatura (Hechos 10:34,35; Efesios 6:9; Santiago 2:1-9).

Romanos 12:17-21 nos enseña acerca de la actitud y responsabilidad de un cristiano hacia la gente del mundo que no conoce a Cristo. Tiene que ser tan honesto y recto con la gente del mundo como lo es con los demás cristianos. Tiene que hacer todo lo que esté a su alcance para vivir en paz con todos los hombres. No puede remediar lo que un pecador pueda hacerle a él, pero él tiene que frenarse de tomar represalias (1 Pedro 2:19-23; 4:12-16). Pablo enseñó a los romanos (versículos 17-21) lo que él había recibido del Señor.

Jesús enseñó la misma lección en su sermón del monte. Enseñó a los discípulos que no debían tomar represalias, sino que debían amar a sus enemigos, bendecir a aquellos que les maldecen, y orar

por aquellos que les ultrajan y persiguen (Mateo 5:38-48). A causa de tal respuesta, los cristianos se prueban a sí mismos como hijos de Dios, porque nadie puede responder de esta manera sin el Espíritu de Dios.

ROMANOS 13

La carta de instrucción de Pablo para los cristianos romanos trató prácticamente con cada fase de la vida cristiana. En este capítulo él dio instrucción concerniente a la responsabilidad de un cristiano hacia la ley y el gobierno, ambas leyes, la ley de la tierra en la que vive, y la ley de Dios.

Los versículos 1-5 enseñan acerca de la responsabilidad de un cristiano para con la ley y el gobierno de la tierra. Dios era el líder del pueblo de Israel cuando El les dio la ley de Moisés para gobernarlos en todas las situaciones. Hoy, Su reino espiritual está compuesto de Su pueblo de todas las naciones del mundo, que son instruidos para obedecer Su ley justa del Nuevo Pacto. Mas, Dios ha ordenado el gobierno humano, la ley y el orden en todas las naciones para el beneficio de todos. Su pueblo tiene que ser ciudadanos respetuosos de las leyes de las naciones en que viven.

Sin la ley y el gobierno, sólo puede existir el caos. A causa de que hay malvados y criminales en cada nación, la vida sería intolerable para la gente decente, recta, y la gente llena del Espíritu de Dios. Quizás unos pocos gobernantes, oficiales, y policías sean cristianos; mas se dice que ellos son ministros de Dios, porque están haciendo aquello que Dios ha ordenado para todos. Los cristianos tienen que obedecer las leyes de la misma manera que los no cristianos, o sufrirán la pena de la ley. Hasta tanto estén haciendo lo que es correcto, no tienen nada que temer. Sin embargo, los cristianos deben obedecer a la ley, no por temor a su pena, sino porque Dios lo ha instituido así. Sólo hay una circunstancia por la cual un cristiano sería justificado ante Dios, al desobedecer una ley que contradiga el mandato de Dios; como en el caso de Daniel y sus tres compañeros en Babilonia (Daniel 3:8-18; 6:2-4); y aquel de los apóstoles que rehusaron obedecer el mandato de los dirigentes de los judíos, para que cesaran de predicar el evangelio de Jesucristo (Hechos 4:1-20).

Romanos 13:6 y 7 enseña que los cristianos deben pagar los impuestos exactos a sus gobiernos de igual manera que lo hacen todos los demás ciudadanos. Los cristianos disfrutan de la protección de su gobierno y de sus servicios públicos, igual que los demás ciudadanos, y deben contribuir de buena gana para su mantenimiento.

Los versículos, 8-10 revelan la diferencia entre los gobiernos terrenales y el gobierno de Dios en Su reino espiritual por la ley de Su nuevo pacto de Gracia. Los cristianos no están ligados por la ley ceremonial de Moisés, sino por los mandamientos que envuelven el patrón de justicia de Dios para todo Su pueblo; son tan válidos hoy como cuando fueron dichos en el Monte Sinaí. No obstante, los cristianos, bajo el nuevo pacto de Gracia, son motivados por el amor de Dios y el amor por Su verdad y justicia en la obediencia a Su Palabra. La ley de amor de Dios es una ley social que, si es obedecida, resolverá todos los problemas de las relaciones sociales (versículo 10).

Los versículos 11-14 enseñan que la gente sólo tiene un presente para prepararse para el futuro. Nadie sabe cuando el Señor pueda venir, o el tiempo de su propia despedida del mundo. Si los cristianos fracasan al caminar diligentemente delante del Señor, no podrán, en un tiempo futuro, redimir las oportunidades pasadas y perdidas. El pueblo de Dios tiene que vestirse del Señor Jesucristo como una vestimenta (versículo 14). Jesús dijo que cuando viniera el Consolador, el Espíritu Santo, sabremos que él está en el Padre, nosotros en él, y él en nosotros (Juan 14:20,26). Cuando somos llenos de Su Espíritu, él no sólo está en nosotros sino que nos cubre como una capa o una nube de protección. Esto es vestirse de la armadura de Dios (Efesios 6:10-18) como protección contra todas las tentaciones y asechanzas del diablo. Tener al Espíritu de Cristo para guiarnos a toda verdad y justicia, es nuestra protección en contra de nuestro cumplimiento de la lujuria, (obras) de la carne (Gálatas 5:16-21). Si nos mantenemos llenos del Espíritu, pro-duremos los frutos de Su Espíritu (Gálatas 5:22-24).

ROMANOS 14

Este capítulo trata el tema de las cosas dubitables. Sus argumentos no se refieren a las transgresiones a la Palabra de Dios, sino únicamente al comer de ciertos alimentos y a la observancia de ciertos días que tenían que ver con la ley ceremonial de Moisés. En los tiempos apostólicos, muchos judíos que habían aceptado a Cristo eran incapaces de romper rápidamente con sus tradiciones y prácticas ceremoniales. Muchos habían enseñado celosamente a los gentiles cristianos que debían observar la ley ceremonial. Pablo dio esta enseñanza para el beneficio de aquellos que tenían dudas concerniente a estas cosas. El mostró el espíritu cristiano verdadero que obraría una transición pacífica de la ley a la gracia. Todos los cristianos están libres de la ley ceremonial del Antiguo Testamento para los judíos.

Los versículos 1-4 y 14-23 tratan del comer de carnes. Los judíos, bajo la ley ceremonial, no podían comer cerdo y otras carnes que eran consideradas como no limpias. Dios tenía ciertas razones para estas ordenanzas que tienen que ver con Israel en sus experiencias en el desierto y la historia del Antiguo Testamento, que bajo el Nuevo Pacto, no eran ya necesarias. Pero, aquellos cuyas conciencias les dictaron que debían continuar absteniéndose de estas cosas, estaban en libertad de hacerlo. No era pecado. Llegó a ser pecado cuando aquellos que comían y aquellos que no comían se condenaban unos a otros por sus diferencias de opiniones, y su confraternidad se rompió. Pablo enseñó que no debían juzgarse unos a otros, porque cada uno tiene que ir delante de Dios para ser juzgado. El hombre no puede juzgar justamente, porque no puede mirar al corazón y consciencia de aquel a quien condena. Mas Dios, que mira al corazón, lo juzga todo mediante juicio justo.

Aquellos que entendían que ya no estaban bajo la ley ceremonial estaban correctos, pero Pablo enseñó que estaban equivocados al condenar a aquellos que no entendían todavía. También les dijo que era malo ofender a sus hermanos más débiles al comer con obstinación en su presencia. El dijo: "No destruyas la obra de Dios por causa de la comida . . ." (versículo 20). Y para el beneficio de todos, él dijo: "Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (versículo 17).

Las escrituras enseñan que no debemos juzgarnos severamente unos a otros por diferencias en puntos de vistas sobre cosas que son cuestiones de la conciencia, sino que debemos tener una actitud tolerante ante el uno al otro, dando libertad a la conciencia. Pablo también enseñó que uno se debe abstener de cualquier cosa que no pueda hacer con una conciencia limpia. Participar de algo en contra de su conciencia es llevarse a sí mismo a un sentimiento de culpabilidad que sería pecado (versículos 22, 23).

Los versículos 5-13 tratan sobre las diferentes creencias concernientes a la ley del Antiguo Testamento de observar ciertos días. Al pueblo de Israel se le requirió observar el séptimo día de la semana como un día de reposo, y ciertos días de fiestas en los cuales no tenían que realizar labor alguna. El Nuevo Testamento enseña que el día de reposo de Israel y los días de fiestas eran tipo y sombras de las cosas que habrían de venir bajo el nuevo pacto, y fueron cumplidos en Cristo (Colosenses 2:13-17; Hebreos 4:3-8). Sin embargo, como en el comer de ciertas comidas, los cristianos

fueron instruidosa no juzgarse unos a otros en la observancia del día de reposo. Aquellos que guardaban los sábados y aquellos que no lo hacían, ambos estaban haciendo lo que pensaban que era correcto delante del Señor. Los cristianos deben hacer todas las cosas como para el Señor y buscar agradarle en todo lo que hagan. La muerte será ganancia para todo aquel que vive para agradar al Señor (Filipenses 1:21-25). En el asunto de estas diferencias de opiniones referentes a cosas que no son pecados, los cristianos deben ser cuidadosos para no ofender o poner obstáculos en el camino de un hermano (Romanos 14:13).

ROMANOS 15

Los versículos 1-3 parecen ser una continuación del capítulo 14, del tema de diferencias de opiniones. Pablo, escribiendo a los cristianos en Roma, algunos de los cuales eran judíos y otros gentiles, les mostró el espíritu de unidad y la confraternidad con las cuales deben considerarse unos a otros. El parece hablar particularmente a los judíos, quienes deben haber sido los más fuertes en la fe, debido a su historia pasada bajo las bendiciones de Dios. Debían estar deseosos en soportar las debilidades de sus hermanos, y hacer sacrificios para ayudarles a llegar a ser más fuertes en Cristo. El les dijo que debían seguir el ejemplo de Cristo en su actitud hacia sus hermanos.

En los versículos 4-13, Pablo enseñó acerca de la relación entre los judíos y los gentiles. En el versículo 4, se refirió al consuelo y esperanza que se halla en muchas escrituras del Antiguo Testamento, que ayudan a explicar y dar fuerza a la doctrina del Nuevo Testamento (Romanos 4:23,24; 1 Corintios 9:9-11; 10:1-11). Las Escrituras del Antiguo Testamento enseñaron muchas cosas concernientes a la esperanza de los gentiles en la llegada del Mesías. Pablo, al decirles a los judíos y gentiles que tuvieran un mismo sentir el uno para el otro, quiso decir de forma muy parecida, lo mismo que había escrito a los corintios: “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (1 Corintios 1:10). En Romanos 15:8, él les recordó que Jesús nació de la nación judía y ministró bajo el régimen judío hasta que le crucificaron. Jesús hizo esto para confirmar y cumplir las promesas hechas a sus padres.

Pablo, entonces, mostró en los versículos 9-12 cómo la profecía

del Antiguo Testamento predijo que Dios aceptaría a los gentiles en su reino bajo el Mesías cuando él viniese. El citó varios pasajes de la profecía del Antiguo Testamento. En el versículo 9, él citó a Salmos 18:49, “Por tanto yo te confesaré entre las naciones, oh Jehová, y cantaré a tu nombre.” Esta fue la profecía de David concerniente a la venida de Cristo, quien llamaría a los gentiles a la salvación. En los versículos 10 y 11 se refirió, probablemente, a Salmos 117:1, 2 “Alabad a Jehová, naciones todas; pueblos todos, alabadle. Porque ha engrandecido sobre nosotros su misericordia, y la fidelidad de Jehová es para siempre. Aleluya.” En Romanos 15:12, él citó a Isaías 11:10. Enfatizó la unidad que debe existir entre los cristianos, judíos y gentiles.

En los versículos 14-21, Pablo escribió acerca de su llamado como un Apóstol para los gentiles, y de su ministerio con ellos. El expresó una oración para que ellos fueran llenos de gozo, paz y esperanza en el Espíritu Santo (versículo 13). En el versículo 14, expresó su fe en sus experiencias en el Espíritu Santo, de manera que ahora fueran capaces de amonestarse unos a otros. Evidentemente ellos habían estado creciendo espiritualmente en el Señor

En los versículos 15-21, él habló de su ministerio con los gentiles. Les había predicado en toda la extensión desde Jerusalén a Ilírico, que parece haber cubierto todo el territorio de sus viajes misioneros a través de Asia Menor, Macedonia y Grecia (Acaya). Había cosechado una cosecha vasta de gentiles y judíos por medio de su ministerio, ungido con el poder y la demostración del Espíritu Santo (1 Corintios 2:1-8). El Señor le envió a él, no a los lugares donde otros habían ido, sino para ser pionero en aquellos campos donde la gente no había escuchado el mensaje del evangelio.

En los versículos 22-29, Pablo expresó una vez más su deseo y plan de visitar a Roma. A causa de su muy ocupado ministerio durante los tres viajes misioneros, no tuvo oportunidad alguna todavía, para visitar a Roma. Mas, ahora planeaba un viaje a España por la ruta de Roma, después que había ido a Jerusalén para llevar una ofrenda de las iglesias de los gentiles en Macedonia y Grecia para los santos en Judea. Estaba esperando el momento para ir en la voluntad y poder de Dios, para ministrar en Roma el evangelio de Cristo.

Desde los versículos 30-33, Pablo empezó a darle una conclusión a su carta por medio de una petición a las oraciones de los santos en Roma, para que Dios le librara de sus enemigos entre los judíos de Judea. Hechos 20:2 hasta 28:31 da la historia completa de sus experiencias, desde el tiempo que salió de Corinto en Grecia para Jerusalén, hasta que finalmente llegó a Roma. Dios fue glorificado en todas sus experiencias.

ROMANOS 16

Este capítulo ha sido llamado una colección de retratos en la que vemos los retratos, no de las figuras físicas, sino las personalidades de algunos de los amigos queridos de Pablo. Ha sido también referido como una página del libro de registro de Dios, en el cual él escribe el nombre de cada creyente con el registro de su servicio. Por esta razón, ¿Qué tendrá el Señor que registrar en mi nombre y en el suyo en su libro de registro?

Pablo no había estado en Roma, pero tenía muchos amigos y algunos familiares, viviendo allá en este tiempo. En esta carta (versículos 3-15) envió saludos personales a un largo número, llamando a cada uno por su nombre y haciendo un comentario especial de cada uno. Algunos de estos amigos eran judíos y algunos eran gentiles; algunos eran hombres y algunas mujeres; algunos eran negociantes y otros eran esclavos u hombres libres (Filemón 8-21).

En los versículos 1 y 2, Pablo recomendó a Febe, una sierva de la iglesia de Cencrea, a los santos de Roma. Cencrea, que estaba a unas pocas millas al sureste de Corinto, era el puerto principal de Corinto. Estaba localizado en la costa del golfo Sarónico, que abría los mares Mediterráneo y Egeo. Pablo exhortó a la iglesia en Roma a que ayudase a Febe en cualquier necesidad que ella pudiera tener allá. La alabó por su servicio al pueblo del Señor, incluyéndose a sí mismo. Es muy probable que Pablo enviara esta carta por medio de Febe a los santos romanos.

El saludo de Pablo a Priscila y Aquila (versículo 3, 4) fue muy personal y apreciativo. El les había conocido en Corinto algunos años previos en su primera visita a esa ciudad. Ellos le habían llevado a su casa y en sus corazones. El había hecho tiendas con ellos durante el tiempo que predicaba el evangelio a los judíos y gentiles (Hechos 13:1-4, 11). En algún lugar en sus servicios a él, habían arriesgado sus vidas para salvarle, por lo cual él estaba muy agradecido. Ellos estaban de nuevo en Roma para este tiempo, y una iglesia se reunía en su casa (versículo 5).

Pablo no olvidó a nadie, sino que envió un saludo afectuoso y recomendación a cada quien que él conociera personalmente. Andrónico y Junias, que eran muy respetados entre los apóstoles, eran sus parientes. Habían venido a Cristo antes que Pablo (versículo 7). Entonces pidió a todos los santos a que se saluden con un

beso (ósculo) santo. Este saludo era un símbolo del amor cristiano y fraternal, que parece haber sido común entre los primeros cristianos. Fue especificado un beso santo y fue sin dudas usado en ese espíritu entre los cristianos llenos del Espíritu. Era probablemente un saludo común entre Jesús y sus discípulos, porque Judas lo usó para traicionar al Señor Hoy, el saludo común entre los santos llenos del Espíritu del Señor es un apretón de manos, usualmente con un “Dios le bendiga, hermano.” Esto puede ser tan caluroso y afectuoso como la práctica primitiva del beso santo. Pablo, entonces, expresó saludos a la iglesia en Roma de las otras asambleas a las que había ministrado.

El saludo sincero y afectuoso de Pablo a estos santos, y sus recomendaciones por su devoción celosa y fiel para el Señor, era un retrato verdadero de la fraternidad cristiana. Quizás nos olvidamos algunas veces, o la tomamos superficialmente, la importancia de la fraternidad verdadera entre el pueblo de Dios. La Biblia tiene mucho que decir concerniente a la fraternidad de los miembros del cuerpo de Cristo. La confraternidad tiene una gran clasificación de significados entre varios grupos, mas para los cristianos significa ser miembro del cuerpo de Cristo, y así una parte de cada otro miembro de Cristo. Todo el pueblo lleno del Espíritu de Dios ha nacido de nuevo en la misma familia. Hemos sido llamados a la fraternidad de nuestro Señor Jesucristo (I Corintios 1:9) por la cual hemos sido traídos a esta confraternidad con todos los demás que han tenido esta experiencia.

Inmediatamente después del sermón de Pedro en el Día de Pentecostés, tres mil almas fueron añadidos a los primeros ciento veinte que habían recibido el Espíritu Santo. “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2:42). Sintieron la ligadura de la confraternidad tan fuertemente, que ellos mismos voluntariamente vendieron sus posesiones y pusieron sus productos en un fondo común de donde todos compartían por igual. Sin embargo, como la iglesia crecía y la gente fue esparcida a otras partes de la nación, este plan no fue práctico y no perduró. El Señor no lo ordenó, ni lo hicieron los apóstoles, mas el vínculo de fraternidad continuó. Nunca había existido antes ni existirá jamás, un vínculo de unión como el de la Iglesia del Señor Jesucristo.

El ministerio de Pablo consistió en descubrir el misterio de este vínculo de fraternidad que une los miembros del cuerpo de Cristo (Efesios 3:9). Este misterio es Cristo en su pueblo, la esperanza de gloria (Colosenses 1:27), y este es el misterio del evangelio (Efesios 6:19). La única manera de preservar esta fraternidad viva y trabajando en nuestros medios es mantenernos llenos de Su Espíritu (1 Juan 1:1-3).

Pablo, antes (le concluir su carta a los romanos, sintió la necesidad de amonestar a estos santos en contra de los predicadores falsos que vendrían, como lo habían hecho ya en otros lugares, con falsas doctrinas para dividir y devorar al pueblo de Dios para ganancias propias (Romanos 16:17-19). No obstante, él aseguró a estos cristianos romanos que ellos podían confiar en Dios para que les protegiera. El aplastaría a Satanás bajo los pies de ellos (versículo 20).

El diablo siempre está tratando de engañar a los santos de Dios, tanto con falsas doctrinas que con lujuria de cosas carnales. La iglesia de Galacia era perturbada por algunos que les enseñaban que tenían que guardar la ley ceremonial de Moisés para ser salvos. Pablo les amonestó que si alguno viniere predicando otro evangelio que no fuera el de Cristo, sea anatema (Gálatas 1:6-9; 3:1-5, 13-16). Es importante que escudriñemos las Escrituras y caminemos de acuerdo al Espíritu.

Pablo concluyó, su carta con saludos de sus colaboradores para los santos en Roma. Tercio, actuando como secretario de Pablo, había escrito esta epístola dictada por Pablo, y agregó su propio saludo.

El último en orden aunque no en importancia, una vez más Pablo les encomendó el eterno evangelio de Jesucristo, que había sido atestiguado por los profetas del Antiguo Testamento, pero que ahora era manifestado a todos los hombres por medio de Jesucristo, quien les establecería en la fe y la gracia.

RESUMEN

Estoy seguro de que ha estudiado ya en el libro de los Hechos, el registro del arresto de Pablo en Jerusalén, encarcelación en Cesarea por dos años, y viaje tormentoso como un prisionero de Cesarea a Roma. Nlas me gustaría llevarle a Hechos 28:11-16 para una breve mirada de su entrada y bienvenida a Roma. No había venido como lo había planeado, sino que Dios había planeado sus movimientos, paso a paso en el camino.

Había viajado con unos cuantos de sus amigos y un número de prisioneros bajo el cuidado de Julio (un centurión). Dejaron el barco en Puteoli para viajar por tierra desde allí hasta Roma. En Puteoli había una congregación de cristianos, quienes desearon que Pablo se quedase con ellos por siete días. El centurión, Julio, quien había favorecido a Pablo de todas maneras posible, le pareció favorable que se quedasen allí mientras

Pablo ministraba a los santos; después de ésto continuaron su viaje a Roma. Los santos en Roma habían recibido noticias de que Pablo se acercaba a Roma, y un número de los hermanos fueron a encontrarle en el camino. Un grupo fue tan lejos como al Foro de Apia, un poblado en la famosa Vía Apia, que se encontraba a cuarenta y tres millas de Roma. Otro grupo le alcanzó en las Tres Tabernas, que estaba a treinta y tres millas de Roma. El interés afectuoso de estos hermanos que viajaron estas largas distancias para encontrarle a él fue emocionante y consolador para Pablo, después de su largo y turbulento viaje. Cuando finalmente llegaron a Roma, Julio entregó a los prisioneros al capitán de la guardia, mas a Pablo, quizás por la recomendación de Julio, se le concedió la libertad desacostumbrada de morar en la casa (alquilada) que él escogió, con sólo un soldado para que le custodiase. Los soldados que custodiaron a Pablo disfrutaron el privilegio de relacionarse con un hombre que era un representante personal del Señor Jesucristo. Estoy seguro de que ellos, al igual que todo aquel que vino a su casa, escucharon al Apóstol predicar el evangelio.

Para aquellos que no pudieron venir a visitar, Pablo les escribió cartas. Estos mensajes ungidos han llegado hasta nosotros a través de las edades, para bendecir, ministrar, exhortar, e instruir a todos los santos, desde entonces y hasta el día presente.